

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### **Sueños de cristal**

Araceli Samudio & Carolina Méndez

#### ***EPÍGRAFE***

«Sin avisar, devastación inundará el suelo,  
y las sombras se tragarán la claridad.  
La calamidad se volverá natural,  
y la justicia misma se verá amenazada.

Cuando la iniquidad parezca gobernar las almas,  
y la última luz se haya extinguido en la Tierra,  
dos razas distintas en sacrificio caerán,  
y del final, el principio surgirá».

Profecía del Nuevo Origen.



## PRÓLOGO

«Ángel de la guarda,  
dulce compañía,  
no me desampares,  
ni de noche ni de día».

Esa era la oración que Elisa rezaba todas las noches antes de ir a dormir. Lo hacía con las manos juntitas y observando un velador con forma de ángel que le había regalado su madre cuando le enseñó aquella plegaria. Elisa le tenía miedo a la oscuridad, por tanto, su madre le había prometido que si dejaba encendida esa pequeña llama y le rezaba a su ángel antes de dormirse, nada malo le podría suceder.

Aquella mañana, cuando Elisa volvía de la escuela caminando de la mano de su madre, vio a aquel pequeño gatito sentado en el medio de la calle. A sus ocho años, pensó que ese no era un sitio seguro para que el gato estuviera descansando, así que simplemente se soltó de su madre y corrió hasta el animalito.

Lo que Elisa no alcanzó a ver fue el auto que se acercaba hacia ellos.

—¡Elisa! ¡No! —gritó histérica su madre al darse cuenta de que la niña se había soltado de su mano y ahora estaba en el medio de la calle.

Entonces, todo sucedió muy rápido. La mujer vio el auto pasar sin detenerse y gritó tan fuerte que todos los que estaban alrededor voltearon a ver qué sucedía, sin embargo, Elisa estaba sana y salva, completamente intacta al otro lado de la acera con el pequeño gatito en brazos y una expresión de sorpresa en el rostro.

De alguna inexplicable manera, el auto había dado un giro en el último segundo, esquivando así a la criatura que se encontraba a un escaso metro de distancia. Eso era lo que todos llegaron a ver, sin embargo, Elisa no encontraba la manera de describir lo que había sentido. Un fuerte tirón en su pecho, medio segundo después de haber cogido al gatito en brazos, la había hecho caer de bruces. Y entonces el vehículo que no había advertido pasó a su lado a toda velocidad.

Cuando giró a contemplar lo que casi había ocurrido, una silueta resplandeciente se encontraba a pocos pasos de ella. Era... extraño. Aquella figura, más que asustarla, le produjo una intensa sensación de paz. Era casi cegadora, por lo que tuvo que entrecerrar sus ojos, pero solo fue durante un corto momento, porque entonces la luminosidad menguó y pudo apreciar con claridad el rostro de un chico, en el cual refulgían como joyas un par de ojos violetas abiertos con la misma sorpresa que ella sentía.

—¡Elisa! Elisa, mi amor, ¿estás bien? —cuestionó su madre una vez que llegó a su lado, luciendo alterada por el incidente.

Las manos le temblaban, palpaba su rostro en busca de heridas, ladeaba su cabeza de un lado a otro y tocaba su torso para ver si no tenía magulladuras. Mientras tanto, Elisa no podía dejar de ver al adolescente frente a ella que le hacía señas para que guardara silencio.

Estaba pasmada, en *shock*, o eso creía su madre viendo dentro de sus ojos con mirada perdida. La multitud comenzó a acercarse también, y eso bastó para que la atención de Elisa se desviara del muchacho que irradiaba luz. Sus ojos se fueron posando en cada hombre y mujer que se aproximaban para preguntarle cómo se encontraba, si le dolía algo, si debían llamar a una ambulancia. Elisa solo negó con la cabeza, no le dolía el cuerpo, si acaso los raspones en las rodillas, pero nada más.

—Estoy bien —dijo en apenas un susurro. El susto le había resecaado la garganta y los labios, por lo que tuvo que relamerlos.

El tenue maullido que tuvo origen en sus brazos hizo que se despabilara. Por un momento había olvidado por qué se encontraba tendida sobre la calle, pero ahora, viendo al gatito acurrucado contra su pecho, no pudo evitar sonreír.

—Mami, ¿nos podemos quedar con él? —preguntó con inocencia, elevando su vista hacia la mujer que no dejaba de besar su cabeza.

Su madre, todavía asustada, asintió. El alivio comenzaba a derramarse por sus venas.

—Claro, pequeña. Vamos a casa. —Se puso de pie y ayudó a su hija a incorporarse antes de atraerla contra su costado. Agradeciendo a los que aún curioseaban la escena, Elisa y su madre retomaron su camino a casa.

Solo habían avanzado un par de pasos cuando, la niña, sintiéndose observada, miró sobre su hombro y se encontró con que el extraño muchacho las seguía a escasa distancia. Estuvo a punto de decírselo a su madre, de contarle acerca del chico que irradiaba luz como un faro, pero entonces él sonrió y aquel gesto la volvió a llenar de esa sensación de paz previamente experimentada, por lo que no dijo nada; solo pudo devolverle la sonrisa antes de volver la vista a su camino.

En el fondo, Elisa sentía que nadie más se había percatado de su presencia y no quería meterlo en problemas.

## CAPÍTULO 1

Caliel observaba a Elisa dormir tranquilamente. Estaba sentado al pie de la cama, velando por sus sueños. Le gustaba la noche, pues eran esas horas las que utilizaba para meditar o pensar en lo que estaba viviendo: el sueño de toda su existencia.

Caliel había nacido en el seno de una familia de ángeles de la primera jerarquía. Su padre y su madre eran querubines, al igual que sus hermanos, tíos y primos. Los querubines eran los guardianes de la luz y las estrellas. Su luz divina era capaz de filtrarse desde el cielo para tocar las vidas de los hombres, pero Caliel siempre se había sentido diferente. Desde muy pequeño se había visto atraído por los humanos y todo el misterio que conllevaba la existencia de los mismos; le gustaba juntarse con ángeles guardianes retirados y escuchar sus historias de cuando andaban de servicio por el mundo.

Cuando les comentó a sus padres que había decidido unirse a la Legión de Ángeles Guardianes, pensó que no estarían de acuerdo, sin embargo, ellos lo aceptaron sin objeciones. Así eran los seres celestiales, sus vidas eran armónicas y no sabían de sentimientos negativos. Aun así, no escapó a las bromas de su hermano mayor, ya que a este le parecía sumamente extraño que alguien perteneciente a la primera jerarquía angelical quisiera formar parte de la tercera. De todas formas, no dudaron en apoyarlo y darle ánimos.

Caliel ingresó a la legión que deseaba y se graduó con honores. Fue el mejor de su clase y durante el tiempo que siguió se preparó con ahínco, haciendo prácticas y acompañando a ángeles en servicio para aprender de cerca todo respecto a su futura función.

Al terminar su entrenamiento, se le entregó —como al resto de sus compañeros— una tarjeta con un código correspondiente al número bajo el cual nacería su protegido o protegida. A las almas humanas preparadas para nacer en la Tierra, también se les asignaba un código, y en el mismo instante en que se realizaba la concepción de un nuevo ser, el alma era asignada a un nuevo cuerpo. Era en ese mismo momento en el cual comenzaba a vibrar la tarjeta del guardián que tenía dicho código, entonces este debía presentarse en las oficinas de las Potestades —ángeles de la segunda jerarquía—, que se encargaban de las muertes y nacimientos de las almas humanas.

Caliel había estado esperando entusiasmado ese día, feliz de poder al fin conocer al alma humana que le tocaría cuidar. Sabía que acompañaría a esa persona hasta el final de sus días y luego le tocaría volver al cielo por unas vacaciones, después de las cuales se le asignaría otro código para asistir a un nuevo humano. Sin embargo, todos los ángeles de la guarda que había conocido, decían no poder olvidar a su primer protegido y siempre lo recordaban con muchísimo cariño. Así, Caliel, desde que se alistó como ángel guardián, ya podía sentir el amor puro que le inspiraba ese ser a quien aún no conocía.

La emoción que lo embargó cuando su tarjeta vibró fue fantástica. Entonces le tocó acompañar en la Tierra a su protegida desde su gestación en el vientre materno. Durante el embarazo, la mujer era acompañada por dos ángeles guardianes: el de sí misma y el de la criatura en camino.

Así conoció a Aniel, el ángel guardián de la madre de Elisa. Era un ángel que llevaba mucho tiempo de servicio y que le había instruido muchísimo durante esos meses que le tocó acompañarlo. Aniel le había contado que, durante un breve periodo de tiempo, los bebés humanos eran capaces de verlos. Aquello sucedía porque sus almas aún eran puras y, además, como no hablaban, no podían

descubrirlos. Le había dicho que era una etapa divertida y que había que aprovecharla, pues los bebés solían reír y manotear mientras jugaban con ellos intentando atraparlos o deslumbrados por su brillo.

Caliel había sido un alumno aplicado durante su época como estudiante y un aprendiz eficiente durante sus prácticas. Se había leído todos los libros y enciclopedias sobre los humanos: *Cómo proteger a humanos despistados*, *Las necesidades fisiológicas de los seres humanos de acuerdo con su edad biológica*, *El ser humano* (tomos uno, dos, tres, cuatro y cinco), *El humano y el amor*, *Todo lo que debes saber de tu humano favorito*, y un montón de libros más. Sin embargo, nada lo había preparado para aquel momento en el que se vio reflejado en la mirada asustada y confundida de una niña de ocho años que lo miraba con curiosidad.

Elisa ya había crecido... y aun así podía verlo.

Ese mismo día, cuando finalmente, la niña fue acostada y arropada por su madre para dormir y, una vez que esta salió del cuarto, Caliel se sentó en la cama, como siempre, a contemplar una vez más su momento favorito del día: cuando la niña rezaba su oración al Ángel de la Guarda.

Cuando Elisa terminó, se incorporó y lo observó sorprendida durante algunos segundos, entonces sonrió y exclamó divertida:

—¡Eres mucho más brillante que mi velador de angelito!

Caliel le devolvió la sonrisa aún asombrado.

—Entonces, ¿de verdad me puedes ver? —preguntó y Elisa asintió.

—¡Brillas muchísimo! —añadió—. Ahora ya no tendré miedo a la oscuridad. ¿Cómo te llamas?

—Caliel —respondió el ángel. La niña arrugó las cejas confundida.

—¿Qué clase de nombre es ese? —quiso saber.

—Un nombre... ¿de ángel? —respondió Caliel sin comprender del todo su pregunta.

—¿Eres un ángel? —cuestionó ella incrédula. Él asintió sonriendo—. ¡Genial! Caliel —repitió—. Suena muy raro. Me gusta más Chispita. ¡Yo te llamaré así! —exclamó asintiendo orgullosa por lo que acababa de decir.

—Pero ese no es mi nombre. Además, no me gusta —respondió Caliel negando divertido. Elisa era ocurrente y a él eso lo hacía reír.

—Mi mamá me dijo que yo podía ponerle a mi ángel el nombre que quisiera, así que para mí serás Chispita.

—Eso es porque tu mamá no sabe que puedes verme y hablar conmigo, Elisa. Pero, ya que lo puedes hacer, deberías llamarme por mi nombre.

—¿Tú cómo sabes mi nombre?

—Soy tu ángel de la guarda —dijo él, arrancándole a la niña un gritito de emoción—. Y así como yo te llamo por tu nombre, tú deberías llamarme por el mío.

Elisa volvió a arrugar el ceño y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¡Es que suena muy raro! —exclamó frunciendo los labios—. Cuando me imaginaba a mi ángel de la guarda, lo pensaba como una niña rubia, con un vestido rosado lleno de volantes, un par de alas de algodón, el pelo largo y una varita en forma de estrella —añadió soñadora.

—Eso se parece más a un hada madrina —sonrió Caliel.

—Bueno, supongo que tendré que acostumbrarme a ti —dijo Elisa encogiéndose de hombros—. Después de todo me has salvado la vida hoy, a mí y a Bigotino, así que supongo que eres un buen ángel. —Asintió pensativa. Observó al chico frente

a ella con curiosidad, y entonces se percató de que algo le faltaba—. ¿Por qué no tienes alas? —preguntó de repente recelosa.

—Las tengo, pero no las puedes ver. Cuando venimos a la Tierra se hacen más livianas y se vuelven invisibles, ya que aquí no las necesitamos.

—¡Qué aburrido! ¿De qué serviría ser un ángel si no tienes alas?

Caliel sonrió y negó con la cabeza. Le agradaba la conversación tan ingenua que estaba teniendo con Elisa. Ella parecía nada más aceptarlo, como si poder verlo fuera algo natural.

—Bien, Elisa. Creo que debes dormir ahora —añadió intentando calmarla. Sabía que esa niña estaba llena de energía y que si no dormía enseguida, probablemente se pasaría toda la noche llenándolo de preguntas.

—Hmmm... ¿Te sabes algún cuento? —quiso saber ella recostándose de nuevo.

—¿Te gustaría uno sobre ángeles encargados de encender las estrellas en la noche?

Elisa asintió entusiasmada.

—¿Me cuidarás toda la noche, Chispita?

—Sí, pero mi nombre es Caliel... Recuérdalo —insistió el ángel.

—¿Y estarás mañana cuando despierte? —preguntó ella ignorando el comentario del ángel.

—Estaré aquí siempre —asintió tiernamente—. Soy tu ángel de la guarda.

—Bien... Eso me agrada —añadió sonriendo—. ¡Cuéntame ese cuento entonces!

—exclamó y Caliel procedió a contarle una historia sobre querubines en el cielo.

Cuando terminó algunos minutos después, Elisa ya tenía los ojos cerrados y respiraba de forma pausada.

—Buenas noches, Elisa —dijo pensando que ya dormía.

—Buenas noches, Chispita —respondió la niña adormilada.

## CAPÍTULO 2

—Caliel, Caliel... ¿Dónde estás? —canturreaba Elisa encerrada en su habitación. Se encontraba de pie en el centro del cuarto mirando hacia el techo y girando sin parar. Podía sentir que comenzaba a marearse y, aunque sabía que podía caer en cualquier momento, no paró; amaba esa sensación. Tenía una sonrisa enorme plantada en el rostro y no podía parar de reír. A pesar de tener ya diecisiete años, le gustaba sentirse todavía como una niña.

—Si dejaras de girar solo un segundo, te darías cuenta de que estoy justo frente a ti —escuchó que decía el ángel.

La castaña dejó de jugar en aquel momento. Se detuvo y sintió que ahora era el mundo el que giraba a su alrededor. Trató de fijar la vista en su amigo —que la acompañaba desde hacía doce años—, quien estaba sentado en el borde de su cama, pero falló. Lo veía moverse de un lado a otro, a él y a sus dos clones productos del mareo. Se acercó para dejarse caer sobre la cama y volvió a reír.

—No te vi cuando entré —dijo ella, echando los antebrazos sobre su rostro—. Pensé que te habías hartado de mí y al fin te habías ido.

Escuchó la risa musical del ángel.

—No es tan fácil.

—¿O sea, que me dejarías si pudieras? —dramatizó la muchacha mirando por fin a su acompañante—. ¡Yo sé que me abandonarías en cuanto tuvieras oportunidad!

Se llevó ambas manos al pecho, fingiendo dolor, y Caliel negó lentamente sonriendo.

—Te encanta exagerar.

—Y a ti ser serio. Moriría por verte perder los papeles por lo menos una vez en tu vida. Gritar, enojarte... Cosas que un chico normal haría. —El ángel elevó una ceja al escucharla y ella bufó—. Sí, lo sé, no eres normal. Tú eres un ángel de la guarda...

—Tu ángel de la guarda —corrigió él.

—... y no haces cosas como perder el control. Lo sé —suspiró con pesar.

Elisa se incorporó sentándose en el borde del colchón, junto a Caliel, y recargó su cabeza contra su frío y duro hombro.

Mucho tiempo le había tomado a Elisa acostumbrarse a que, a pesar de la luz que solía irradiar, su piel fuera fría. Era como tocar una estatua de cristal. Su piel al tacto era dura, lisa y fresca, al igual que sus ropas blancas y su cabello. Cuando había cuestionado al ángel sobre esto, él había dicho que para él era lo mismo; no sentía la calidez en la piel de ella. No sabían la razón, simplemente que así era.

—¿Qué te agobia? —preguntó el ángel después de algunos segundos en silencio.

Le extrañaba que la siempre alegre e hiperactiva de su protegida pudiera permanecer más de diez segundos calmada y en silencio. Elisa sonrió con tristeza. Imaginó que él sabría qué era lo que le pasaba —siempre lo sabía—, pero deseaba escuchárselo decir a ella.

—Mis papás —fue su simple respuesta—. Han vuelto a pelear.

Hizo una mueca de dolor que su amigo no alcanzó a ver y volvió a dejarse caer contra el colchón. No sabía por qué seguía afectándole tanto. Sabía que sus padres ya no se amaban, aunque intentaran aparentar frente a ella. De hecho el amor era algo raro de ver ahora en la época que vivía. El amor, la compasión, la bondad... Todo eso parecía ser cosa del pasado. Cada vez había más guerras, muertes, traiciones, sufrimiento, y aquello era algo que oprimía el corazón de la chica. Ni

siquiera soportaba ver los noticieros, se consideraba alguien en extremo emotiva, y todos los sucesos actuales tocaban su fibra más sensible.

Elisa escuchó a Caliel tomar aire, seguramente para decirle algo, pero se vieron interrumpidos por los gritos amortiguados que venían del pasillo.

—Y ahí van de nuevo —dijo resignada la chica. Se puso de pie para tomar un cambio de ropa y miró por encima de su hombro. El dolor estaba ahí, grabado en sus pupilas—. Voy a darme una ducha.

—Aquí te espero —avisó su guardián.

Quince minutos después, cuando la puerta del cuarto fue abierta de nuevo y Elisa entró saltando, Caliel se sintió aliviado. La tristeza se había ido de sus ojos y volvía a ser esa chica de siempre, la alegre que sabía cómo hacerlo reír.

—Hay que hacer algo hoy, Chispita. No quiero estar más encerrada. —Se dejó caer al lado del ángel y cruzó sus piernas al tiempo que él negaba con la cabeza.

—Pensé que habías olvidado ese apodo tan infantil.

Elisa frunció el ceño al escucharlo y asintió con lentitud.

—Tienes razón, es demasiado infantil... —Caliel sonrió aliviado—. Así que de ahora en adelante simplemente serás Chispa —asintió conforme con el cambio y Caliel volvió a suspirar, resignado.

—Como sea. ¿Qué quieres hacer hoy?

—No lo sé. El otro día venía caminando del colegio y vi el aparador de la pastelería, esa que queda a dos manzanas de la escuela. ¡Había un pastel que lucía delicioso! —Abrió los brazos dejándose caer hacia atrás y el ángel rio—. Quiero ir por uno así. ¿Qué dices?

—¿Acaso tengo opción?

Elisa se incorporó sobre sus codos y ladeó la cabeza sonriendo.

—Supongo que no. Vamos entonces.

\*\*\*

Iban ya de regreso a casa cuando el sol estaba a punto de ocultarse por completo. Elisa había comprado un trozo de pastel y unas cuantas galletas, las cuales llevaba en una pequeña bolsa café que colgaba de sus dedos. Había estado dentro de la panadería contemplando todo el surtido y mirando de vez en cuando a Caliel a su lado para bromear, olvidando que era su ángel de la guarda y que nadie más que ella podía verlo.

Le pasaba bastante seguido. Hablaba con él sin reparar en quien estuviera a su alrededor, y aquello la había privado de tener muchas amistades. La creían loca. Los vecinos, sus compañeros de escuela, incluso sus padres pensaban que había algo mal con ella. Y Elisa... Ella ya ni siquiera intentaba encajar, solo se sentía cercana a su ángel, quien era su mejor amigo.

—Creo que deberíamos rodear la cuadra —escuchó que decía Caliel.

Elisa despegó la vista de la acera bajo sus pies y observó al grupo de chicos que se reunían un poco más adelante. Prácticamente ya era de noche. Las calles estaban oscuras y en la vecindad donde vivía no todos los faros servían, lo que dejaba gran parte del camino en las sombras.

Estuvo a punto de negarse a la sugerencia de su ángel —la verdad es que no tenía ganas de rodear—, pero entonces recordó que él, de alguna extraña manera, podía oler el peligro, y terminó por asentir.

—Está bien —dijo con voz queda.

Giró sobre sus talones para comenzar a darse la vuelta, cuando escuchó a uno de ellos llamarla. Casi como por acto reflejo tomó entre sus dedos el pequeño dije

con forma de ángel que descansaba sobre su pecho. Su abuela se lo había regalado siendo apenas una nenita y le había prometido que la protegería siempre, y en aquel momento necesitaba sentirse protegida, aunque contara con Caliel también.

—Sigue caminando —la instó Caliel.

Elisa obedeció sin chistar, pero entonces la voz del chico que la había llamado se elevó... y se le unieron un par más. Le gritaban cosas obscenas, supuestos cumplidos que a ella la asqueaban. Si tan solo ellos hubieran podido ver al ángel que la acompañaba, estaba segura de que se lo habrían pensado dos veces antes de ser tan groseros.

Lamentablemente, la única que podía verlo era Elisa; los demás veían a una linda adolescente caminando sola en la calle durante la noche.

Un nudo se le formó en la garganta al escuchar que las voces se volvían más claras. Habían comenzado a avanzar y se acercaban con rapidez. Elisa estaba asustada. Caminaba aprisa con Caliel a su lado, pero él no parecía que fuera a hacer o decir nada.

—Ven, preciosa. Solo queremos conversar —dijo uno de ellos ya demasiado cerca. Podía oír la burla en su voz. Podía notar el conocimiento que tenía él de que la estaba asustando... y el placer que esto le producía. Seguramente el generarle terror lo hacía sentir con más poder, y aquello era peligroso.

La chica apretó el paso y aferró con más fuerza la bolsa entre sus dedos. Ya estaba a punto de doblar la esquina y llegar al bulevar iluminado, donde era más que seguro; donde ellos no se atreverían a dañarla.

Escuchó los autos pasar a pocos metros y el alivio comenzó a bañar su interior como un bálsamo, a apagar el temor. Empezó a saborear la sensación de saberse segura, liberada, pero entonces unos fuertes dedos encadenaron su muñeca e hicieron que el pánico congelara su sangre.

## CAPÍTULO 3

Caliel volvió a sentir esa sensación de angustia instalándose en su interior. No era la primera vez que le sucedía y creía que tenía que ver con la imperiosa necesidad de defender a Elisa. Sin embargo, era esa misma sensación la que lo había llevado a actuar el día del accidente, cuando ella era tan solo una niña.

Podía ver con claridad los dedos del muchacho atrapar la muñeca de la joven, así como también palpar el terror que la estaba tomando presa en ese momento. Los demás se acercaban a ella y pronto no habría escapatoria. Sus sentidos —más desarrollados que los de los humanos—, lo llevaban a percibir que una patrulla se acercaba y que en algunos minutos más estaría en el sitio, pero era probable que fuera más tiempo del que esos chicos necesitaban para hacerle algún daño a Elisa. Necesitaba intervenir. Sabía que no debía hacerlo, conocía las reglas al pie de la letra, pero en aquel momento debía hacer algo con urgencia antes de que su protegida resultara herida, afectada de verdad.

Fue por eso mismo que, concentrándose, utilizando la potencia de la energía que residía en él, hizo que uno de los focos —el que estaba justo sobre la cabeza del chico que sujetaba a Elisa— estallara con facilidad. La explosión de la bombilla causó que los vidrios cayeran destrozados alcanzando a algunos de los muchachos que gritaron ante la sorpresa y el fuerte estallido. Entonces, el chico que la retenía la soltó y Caliel aprovechó para impulsarla a huir.

—¡Corre! —exclamó junto a su oído, pero Elisa estaba petrificada por el susto—. ¡Vamos, Elisa, corre! —insistió con algo parecido a la desesperación.

La chica sintió una fuerza cálida que la envolvía haciéndola volver en sí y echó a correr justo en el momento en que las luces de la patrulla se acercaban a la zona. Los muchachos, al percatarse de la presencia de la policía, empezaron a dispersarse entre las calles oscuras, olvidando por completo a Elisa y las despreciables intenciones que tenían para con ella. La joven corrió por cinco cuadras sin detenerse, movida por la adrenalina y el temor que la habían inundado minutos atrás. Caliel intentaba que se detuviera diciéndole que ya estaba fuera de peligro, pero ella seguía corriendo y no pensaba parar hasta llegar a su hogar.

Una vez allí, intentó abrir la puerta lo más rápido posible, pero tenía el cerrojo echado y las manos le temblaban al intentar ingresar la llave a la cerradura.

—¡Cálmate! Ya estás a salvo, Elisa —repetía Caliel. Sin embargo, Elisa parecía no escucharlo.

Una vez que la llave entró y se vio en la seguridad de su casa, la chica se encaminó directo a su habitación. Abrió la puerta, ingresó y luego la cerró de golpe, como si con ese gesto pudiera dejar a Caliel afuera. El ángel —que ya la conocía de sobra— sabía que estaba enfadada, así que luego de darle unos minutos para que se calmara, entró tras ella como siempre y sin necesidad de abrir la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó al verla sentada en la cama sollozando.

Elisa alzó el rostro luciendo furiosa y con los ojos colorados por el llanto.

—¡Me asusté mucho! ¡Estaba aterrada y no hiciste nada! —gritó enfadada. No dejaba de frotar el dije entre sus dedos—. ¿Para qué quiero un ángel de la guarda si no me va a cuidar? ¡Mejor sería contratarme un guardaespaldas! —exclamó. Caliel solo suspiró y negó con la cabeza.

—Sabes que existen reglas, Elisa. Te las he explicado un millón de veces.

—Me pudieron haber hecho cualquier cosa, me pudieron haber matado —dijo ella sin dejarlo terminar—. Podrían haberme descuartizado y meter los pedazos en bolsas, repartirlos por toda la ciudad y nunca nadie encontraría mi cadáver. ¿Y

tú? ¡Simplemente te hubieras quedado allí a mirar el espectáculo! —gritó exasperada.

Caliel no respondió, se quedó allí unos minutos en silencio hasta sentir que ella empezaba a tranquilizarse. Era inútil discutir con Elisa enfadada; no escuchaba razones.

—Mira —dijo al sentirla mejor—. Se supone que los ángeles de la guarda estamos para cuidar de nuestros protegidos, pero no podemos intervenir en sus destinos. Cuando un ángel visualiza el peligro, intenta advertírselo al humano por medio de una sensación intensa que ustedes conocen como «presentimiento». Entonces es el humano quien decide seguir esa sensación o hacer caso omiso de ella. En nuestro extraño caso, yo puedo hablarte y tú me oyes. Te advertí del peligro cuando te dije que rodeáramos la cuadra.

—Sí, pero fue demasiado tarde. ¿Acaso andan mal tus sensores? —insistió ella molesta.

—Quizás debía suceder, Elisa. Tienes que entender que hay momentos en que las cosas simplemente deben suceder. Se supone que son para crecimiento de la persona.

—¿Qué clase de crecimiento podría darme una situación como esta? —preguntó la chica mirándolo incrédula—. ¡Podrían haberme violado!

—¡No sé por qué te estás quejando tanto! —exclamó Caliel levantándose y dando algunos pasos alrededor de la habitación. Se suponía que los ángeles no podían experimentar sensaciones negativas como el enfado, pero a esas alturas él había descubierto que Elisa podía hacerle experimentar ciertas emociones o sensaciones que se suponía no eran propiamente angelicales.

—¿Y todavía lo preguntas?! Dime con quién debo hablar. ¿Cómo puedo llamar a Dios? ¿No puedo pedir un reemplazo? —cuestionó Elisa sabiendo que lo molestaba siempre que decía aquello.

—¿Cómo crees que sucedió lo del foco? —Caliel se había acercado mucho a ella y mirándola fijamente dijo aquello casi en un susurro—. Se supone que no debía intervenir y lo hice. Lo hice para darte tiempo a escapar y para que llegara la patrulla que estaba cerca.

—¿El foco? ¡Eso fue una casualidad! —exclamó ella.

—Las casualidades no existen, Elisa. A estas alturas deberías saberlo de sobra —respondió exasperado—. Si los superiores se dieran cuenta de que he intervenido de nuevo, podrían sancionarme. Entonces quizás podría llegar tu tan ansiado reemplazo y, finalmente, te librarías de mí.

Escucharlo decir aquello heló la sangre de Elisa. La idea de perderlo... No podía siquiera pensar en aquello. No, ella no quería un reemplazo; no quería a nadie que no fuera Caliel. Además, sería horrible tener que acostumbrarse de nuevo a otro ángel, uno que quizá no la entendiera tanto como lo hacía él. Elisa se sentía afortunada de tener como ángel a Caliel y de poder verlo, hablar con él. No le gustaba molestarlo a menos que fuera en broma, así que, tomando una profunda respiración, trató de relajarse.

Residuos del pánico anterior continuaban pululando en su interior, pero ya no era tan intenso como antes, por lo que pudo comenzar a notar cómo su corazón retomaba su ritmo normal y sus músculos se relajaban gradualmente. Mordió su labio inferior sintiéndose culpable por haberle gritado a Caliel y lo miró por debajo de sus pestañas. Él la observaba impertérrito. Estaba de pie a unos pasos de donde ella se hallaba sentada y tenía los brazos cruzados sobre el torso. Parecía tan peligroso... y Elisa no pudo evitar sonreír al pensar que en realidad no mataba ni una mosca.

—¿En serio lo hiciste tú? —preguntó mucho más serena y asustada ante la idea de perderlo.

—Sí... y no es la primera vez —confesó entonces Caliel.

—¿Qué? —Elisa enarcó las cejas sorprendida.

El ángel nunca solía intervenir de forma física. Solía recordarle o aconsejarle sobre lo que tenía que hacer o lo que no, pero no iba más de eso. Por eso Elisa lo había regañado cuando, en una tarde de verano, cayó de la bicicleta haciéndose un enorme raspón en la rodilla, o la vez que casi se había roto un brazo cuando la rama del árbol donde estaba columpiándose se quebró dejándola caer desde una gran altura. Elisa siempre le recriminaba esa clase de situaciones, pues ella pensaba que él estaba para evitárselas, aunque él repetía que no podía intervenir.

—El día del accidente, fui yo quien te empujé, ¿recuerdas? —preguntó Caliel de nuevo hablando en susurros. Elisa asintió al recordar aquella energía que la hizo prácticamente volar hasta la vereda y que la puso a salvo—. Aquella vez fui llamado a dar una explicación acerca de mi actuación —informó, haciendo que Elisa inhalara con brusquedad, estupefacta—. Fui advertido por los superiores y me dijeron que no debía volver a intervenir. Lo dejaron pasar por ser un novato, porque tú eres mi primera encomendada —concluyó.

La chica se puso de pie de inmediato y se arrojó a sus brazos, conmovida por aquello que le estaba contando.

—¡Oh, Caliel! ¡Perdóname! —pidió aferrándose a él efusivamente.

Ella solía abrazarlo con frecuencia y aunque le parecía rara la sensación que le generaba su cuerpo —como si abrazara a una escultura de cristal—, era su forma de expresarle su cariño y agradecimiento. Sin embargo, Caliel no podía sentir la parte física del abrazo, solo la emocional, los sentimientos que bullían en el pecho de Elisa, y eso le gustaba.

Ella era intensa, se enfadaba mucho, pero al segundo estaba pidiéndole disculpas y abrazándolo. Era espontánea y muy efusiva. Caliel aún no se acostumbraba del todo a esas expresiones de cariño de Elisa, y aunque no sucedían a menudo, cuando pasaban, lo hacían sentirse de alguna forma amilanado, perdido, superado. Aun así, fueron varias las ocasiones en las cuales se encontró pensando en cómo se sentiría el abrazo humano, pues en ninguno de los libros que había leído se explicaban las sensaciones físicas, ya que ellos no las tenían y, por tanto, no las podían entender.

A menos, claro, que poseyeran un cuerpo humano, pero aquello estaba estrictamente prohibido y penado con exilio, el destierro celestial.

—¡No quiero que te reemplacen! ¿Te meterás en problemas por lo del foco? —preguntó Elisa asustada mientras se apartaba un poco para volver a mirarlo.

—Espero que no —respondió él con sinceridad y con una sonrisa que intentaba tranquilizarla—. Últimamente, con todos los problemas que están habiendo en la Tierra, los superiores andan bastante ocupados. Espero haber cuadrado bien los tiempos como para hacerlo parecer un accidente. Además, la policía estaba cerca y puede que todo haya sucedido lo suficientemente rápido como para que no lo notaran.

—Entonces deberíamos dejar de hablar de esto, ¿no es así? —preguntó Elisa mirando alrededor como si alguien pudiera oírlos.

—Sería lo mejor —respondió Caliel asintiendo, sonriendo enternecido ante la reacción de su protegida.

—Bien, eso es bueno... porque quiero comer mi pastel que espero no se haya echado a perder. —Sonrió buscando la bolsa que al entrar había dejado tirada

sobre la cama—. Voy a la cocina por una cuchara, ¿me acompañas? —Caliel asintió alegre. Ya estaba de regreso esa chica espontánea y divertida.

Una vez en la cocina, Elisa se percató del silencio reinante en la casa.

—¿Dónde estarán mis padres? —preguntó a Caliel mientras hurgaba en el cajón de los cubiertos.

—No lo sé, no soy adivino —respondió el ángel.

—Mmm, mejor así —murmuró la muchacha tomando asiento y empezando a saborear su postre. Caliel la observó divertido, verla comer era una de las cosas que más le agradaba, solía hacer caras y gestos cuando la comida era de su agrado o también cuando no le gustaba—. Esto está delicioso, ¿quieres probar? —inquirió Elisa acercando la cuchara con un trozo de pastel al rostro de Caliel. Siempre lo hacía, a pesar de saber que él no podía ingerir bocado alguno.

—¿A qué sabe? —quiso saber Caliel.

—Chocolate y crema —exclamó la chica llevándose otro pedazo de pastel a la boca.

—El chocolate es dulce y la crema suave —repitió Caliel como si estuviera repasando una lección, ella asintió. Estaba acostumbrada a que él le preguntara sobre el sabor de las comidas—. Quisiera probar el chocolate —admitió el ángel pensativo.

—Yo quisiera poder vivir sin comer, como lo haces tú. ¿Sabes lo feliz que seríamos las chicas si pudiéramos lograrlo? —preguntó ella en broma. Caliel negó con la cabeza sonriendo.

—El ser humano nunca está conforme con lo que tiene —replicó con seriedad—. Yo quisiera poder probar el chocolate, la crema y las frutas —agregó.

—Mmm... Es lo que digo yo, los ángeles nunca están conformes con lo que tienen —bromeó Elisa remedando la actitud de Caliel, por lo que ambos terminaron riendo divertidos.

## CAPÍTULO 4

Elisa al fin había salido de clases e iba caminando rumbo a su casa con Caliel a su lado. Tenía los auriculares puestos mientras hablaba con él, de esa forma la gente que la mirara pensaría que cantaba alguna canción o que hablaba por teléfono con los audífonos manos libres, y no lo que la mayoría de las personas pensaban al verla hablar sola: que estaba loca. No le importaba. Mientras tuviera a su ángel a su lado, le daba igual lo que pensarán los demás. La única opinión que contaba para Elisa era aquella que Caliel tuviera.

—Solo tengo ganas de llegar, comer y dormir —se quejó cuando ya quedaba un trecho corto por recorrer.

Caliel rio con esa ligereza que lo caracterizaba y sacudió la cabeza. Cada vez que venían del colegio ella decía lo mismo, sin embargo, llegaba y lo primero que hacía era encender la televisión y poner una película. Entonces, como sus padres no solían encontrarse cuando regresaba, calentaba algo en el microondas y se lo llevaba a la sala de estar, donde lo engullía al tiempo que veía la cinta.

Cuando al fin llegaron y Elisa se dirigió a la televisión, Caliel sonrió para sus adentros. La conocía como a la palma de su mano.

—Espero que no hayan dejado pollo otra vez. Ya estoy harta de comer eso —le dijo—. Siento que me saldrán plumas en cualquier momento. —Entró riendo a la cocina por su ocurrencia y se detuvo en seco al ver a sus padres sentados en la mesa del comedor. Estaban comiendo pollo con arroz.

—Creo que hay *pizza* del fin de semana en el congelador —dijo su padre conciliador.

Elisa soltó la carcajada al escucharlo y se acercó a besar su mejilla.

—Hola, papi. Hola, ma. ¿Qué hacen acá tan temprano? —cuestionó encaminándose al refrigerador. Recordaba haber visto algo de fruta en la mañana antes de partir rumbo al colegio, así que decidió comer un poco de eso.

—Hoy es la fiesta de tu tía Gertrudis. Tu padre y yo quedamos en que le ayudaríamos a ella y a tu tío a preparar todo —dijo su madre.

—Oh, bueno. Que les vaya bien. —Elisa giró con un plato lleno de fruta entre las manos y sonrió.

—Pero si tú también vendrás con nosotros —informó su padre, a lo que Elisa hizo un gesto de horror.

—¿Qué? ¡No! P-pero... ¿no puedo quedarme aquí?

—No —cortó su mamá—. Alístate que nos vamos en una hora.

—¡Pero tengo planes! —exclamó ella pisoteando como una niña pequeña. No podía creer que la quisieran obligar a asistir.

—Por lo mismo te avisamos con tiempo —murmuró su padre acabando lo último de su comida.

Elisa lo miró frunciendo el ceño y sacudió la cabeza.

—No es verdad, no me dijeron nada.

—Sí lo hicieron —refutó Caliel a su lado.

Elisa lo miró mal y lo hizo callar colocando un dedo sobre sus labios.

—Tú calladito, ¿sí?

Sus padres se miraron entre ellos antes de fijar de nuevo la vista en su hija, quien solía hablar con la nada más a menudo de lo que podía considerarse normal.

—Sí lo hicimos —contestó su madre poniéndose de pie—. Y si pudieras evitar hablar sola frente a tus tíos y primos, te estaré muy agradecida.

Fue entonces a colocar su plato y el de su esposo sobre el lavabo y Elisa se mordió el interior de la mejilla. Había olvidado una vez más que ella era la única que podía ver a Caliel.

—Bien.

—Ahora ve a vestirme que ya perdiste mucho tiempo hablando con nosotros... y solo Dios sabe quién más.

Elisa rodó los ojos al escuchar a su madre y pisoteó hasta el final del pasillo, donde se hallaba su habitación. Cerró la puerta con fuerza tras ella y colocó el plato sobre su tocador.

—A veces, en serio, odio ser la única que te puede ver —refunfuñó al ver a Caliel cruzar la puerta como si nada. Él sonrió al escucharla y se sentó en el borde de la cama.

—Me imagino que es algo frustrante que te vean hablar sola.

—¿Frustrante? —Ella bufó—. ¡Mis propios padres creen que estoy loca! Creen que consumo drogas, ¿sabes? Y ahora eso es tan normal que no me piden que las deje o algo por el estilo. Odio en lo que se ha ido convirtiendo este mundo —finalizó con pesar.

El ángel hizo una mueca al verla cabizbaja, pero era verdad. Durante todo el tiempo que él había estado viviendo en el cielo, fue viendo cómo poco a poco la humanidad se autodestruía. El planeta se iba devastando por culpa de sus propios habitantes, de los malos hábitos y aquellos pecados que estaban comenzando a abrazar como algo normal, algo bueno. Lo peor era que en el último siglo todo estaba ocurriendo tan rápido... Creía que, si seguían a ese paso, los humanos se extinguirían en los próximos siglos.

Si los rumores en el cielo eran ciertos, el fin del mundo se acercaba con prisa; cuando menos lo pensarán llegaría sin avisar y los sorprendería, como un ladrón en medio de la noche.

Por eso se sentía afortunado de tener como protegida a Elisa. A pesar de los tiempos tan difíciles que estaban transcurriendo, ella era diferente. Seguía siendo buena y tenía un corazón puro, carente de cualquier tipo de maldad. Aunque no podía negar que estaba medio loca, eso sí, pero aquello no afectaba su bondad y pureza interior.

Sin pronunciar ninguna palabra más, Elisa tomó un cambio de ropa y se encaminó al baño bajo la atenta mirada de su guardián.

\*\*\*

La chica tomó una lata de refresco y volvió a su lugar, un asiento alejado de sus tíos ebrios y escandalosos. La verdad era que no tenía ganas de estar en aquel lugar soportando el alboroto que armaba su familia, pero no le quedaba otra opción. Sus padres se habían negado en redondo a que se quedara sola en casa y Caliel la había consolado diciéndole que él estaría a su lado distrayéndola.

Ella no había podido hacer más que sonreír al oírlo; sus padres estaban frente a ella y no deseaba otra de esas miradas cargadas de censura. Mientras daba un sorbo a su bebida, Elisa escuchó cómo uno de sus tíos más jóvenes contaba a un amigo algo que había hecho el fin de semana, algo escandaloso que la hizo fruncir los labios con repulsión, mientras que este estallaba en carcajadas. No sabía cómo podían encontrar divertido algo tan... inmoral.

Miró a Caliel por el rabillo de su ojo tratando de ser lo más discreta posible y lo observó apretar los labios. Estaba casi segura de que él sentía la misma aversión que ella hacia ese tipo de actos.

—¡Eli! Qué bueno que estás aquí —escuchó que decía Marina, una de sus primas. Elisa trató de sonreír con la mayor cantidad de entusiasmo posible, pero la verdad era que Marina no era de sus personas favoritas en el mundo, por lo que temió hacer algo más parecido a una mueca.

—Hola, Marina.

—¡Ay, en serio me alegra mucho verte! ¿Cómo estás? —exigió saber. La chica tomó asiento a su lado y colocó una de sus manos con uñas muy pintadas sobre su brazo.

—Eh... Bien, ¿y tú?

—¡Perfecta!

—Qué gritona tu prima —escuchó que decía Caliel justo cuando ella daba un trago a su refresco. La bebida se le atoró en la garganta al percatarse de las palabras de su ángel y, sin poder evitarlo, echó todo el líquido sobre el vestido demasiado corto de su prima.

Los ojos de Elisa se ampliaron al ver el desastre que había causado y comenzó a disculparse sintiéndose culpable y arrepentida.

—Lo siento mucho, no fue mi intención...

—No pasa nada —decía Marina pasándose una servilleta por encima. Tenía el rostro rojo de la ira y portaba una sonrisa fingida, pero por alguna razón estaba siendo amable con ella.

—En serio lo lamento. Si hay algo que pueda hacer...

Los ojos de Marina brillaron al escuchar a su prima decir esto y pareció olvidar por completo su atuendo pegajoso.

—¡Lo hay! Sí, hay algo que puedes hacer por mí —dijo sonriendo ampliamente y batiendo sus pestañas sin cesar. Elisa supo que no iba a gustarle lo que diría a continuación—. Fíjate que unos amigos me invitaron a una fiesta hoy... —Elisa gimió para sus adentros—, pero mi mamá no me deja ir a menos que me acompañes tú.

—No sé si me deje mi mamá —quiso excusarse Elisa. Marina sonrió una vez más.

—No te preocupes por eso, la mía ya habló con ella y estuvo de acuerdo. —Elisa hizo una mueca de nuevo y estuvo a punto de negarse cuando su prima la aferró por el antebrazo—. ¡Dijiste que harías lo que fuera! —dijo tratando de hacerla sentir culpable.

Marina sabía lo fácil que era manipular a Elisa haciéndola sentir culpable y aquello era lo que estaba haciendo en ese momento, bajo la ignorancia de su prima, quien terminó por suspirar y asentir.

—Bien. Pero solo un rato.

Tras despedirse de sus padres y la demás familia, ambas chicas subieron al auto de Marina y se dirigieron a la fiesta que se desarrollaba en un barrio «decente». Podía verse que ahí vivía gente con dinero, pero no por eso era menos peligroso. Ahí solían encontrarse mayor cantidad de entretenimientos, que no por ser más caros eran menos desagradables que los que Elisa solía escuchar que comentaban en su colegio.

Bajaron después de estacionar en la calle abarrotada de autos y se encaminaron a la casa en la que la música se encontraba a todo volumen. Elisa no pudo evitar hacer una mueca ante el estruendo y Marina lo notó, por lo que le dio un codazo y le pidió de mala manera que no fuera aguafiestas. Elisa lo dejó pasar solo porque agregó un reticente «por favor» al final.

Marina arrastró a su prima por en medio de la gran multitud que se congregaba en el patio y Elisa comenzó a disculparse con cada persona a la que golpeaba o con quien chocaba por accidente, a pesar de que estas la ignoraban. Cuando por

fin sintió que el agarre de muerte se relajaba sobre su brazo, Elisa se vio frente a un grupo de cinco personas, de las cuales cuatro eran hombres y una... su prima. —Elisa, ellos son mis amigos Gabriel, David, Daniel y mi novio Luis. Chicos, ella es mi prima Elisa.

Los hombres saludaron a Elisa y ella devolvió el gesto sintiéndose nerviosa. No se sentía cómoda ahí de pie sin decir nada mientras los demás comenzaban a conversar, pero se sintió aún más extraña cuando sintió un par de ojos verdes clavados en ella. Era Gabriel —si recordaba bien las presentaciones de su prima— y no le quitaba la mirada de encima.

—Gracioso que se llame como un arcángel cuando de angelical no tiene nada —bufó Caliel a su lado.

Elisa dio un respingo al escuchar su voz. Por un momento había olvidado que se encontraba ahí a su lado. Las mejillas le ardieron al darse cuenta de aquello; por primera vez en casi diez años, se había olvidado de que un ángel la acompañaba.

## CAPÍTULO 5

A pesar de que la música sonaba con fuerza, Elisa podía escuchar el latido de su corazón apresurado dentro de sus oídos; podía sentirlo debajo de la piel, dentro de la cabeza. Gabriel no dejaba de verla y ella se sentía halagada; le parecía un chico muy bien parecido. Había pasado ya mucho tiempo que no se ponía tan nerviosa en presencia del sexo opuesto, pero la mirada de aquel chico sobre ella estaba causando que no pudiera pensar con claridad, que su respiración se acelerase y sus rodillas fallasen. Y no era solo por su atractivo, sino que, al igual que ella, no parecía pertenecer a ese lugar.

Con su cabello bien peinado, su piel libre de tinta o perforaciones y esa sonrisa que le hacía imaginarlo un buen chico, Elisa estaba emocionada; encontrar a alguien que valiera la pena siempre había sido una lucha para ella. Con atención lo observó acercarse a ella y se regañó para sus adentros por no haberse arreglado un poco más; quizá puesto un vestido y algo de maquillaje.

—¿Quieres bailar? —preguntó el chico una vez junto a ella, luciendo una sonrisa que a Elisa le pareció muy bonita y sincera. No pudo evitar devolverle el gesto... hasta que cayó en la cuenta de lo que preguntaba. Entonces la sonrisa de la chica cayó.

—Mmm... La verdad es que no bailo —respondió ella desganada.

No tenía ánimos de bailar y no era porque se sintiera cansada o algo parecido, sino porque si trataba de hacerlo la situación podría resultar muy bochornosa. Elisa consideraba que tenía dos pies izquierdos para el baile. No tenía ritmo y era muy descoordinada. Algo así como una jirafa con patines.

—Bueno, si quieres podríamos ir a algún sitio más tranquilo a charlar —insistió el chico. Parecía ansioso por saberse a su lado y Elisa se mordió el labio inferior dudando por unos segundos; no le resultaba fácil entablar conversación con desconocidos y mucho menos con chicos.

—Dile que no tienes ganas —susurró Caliel y ella volvió a dar un respingo. En ese momento tampoco había estado consciente de la presencia a su lado.

—Iré por algo para tomar y regreso, espérame aquí —añadió el muchacho ante la duda de la chica y desapareció caminando hacia la mesa de bebidas.

—No es un buen chico, aléjate... No trae buenas intenciones —sentenció Caliel viendo al muchacho perderse entre los demás. Elisa resopló en desacuerdo.

—Es muy lindo, me agrada —replicó—. Además, solo voy a charlar un rato, ¿qué tiene de malo? Es mejor que estar sola y aburrida en una fiesta llena de desconocidos.

—Solo no lo sigas si te invita a salir de aquí —agregó Caliel suspirando.

Él podía ver el aura de las personas y no le agradaban los colores oscuros que rodeaban a Gabriel. De todas formas no podía hacer mucho más que advertir a Elisa de un posible peligro.

—¡Listo! Sígueme por aquí —dijo Gabriel regresando y haciendo un gesto con la cabeza para que la chica lo siguiera. Ella lo hizo y caminaron hasta un sitio un poco más alejado del ruido de la gente y de la música, entonces Gabriel le pasó un vaso y se llevó el otro a la boca.

—¿Qué es? —preguntó la chica desconfiada, oliendo la bebida y arrugando la nariz.

—Cerveza.

—Ah... Bueno, yo no tomo. Además, no tengo edad —se excusó.

—Un poco no hace nada —interrumpió el chico sonriendo. Elisa pensó que su sonrisa era encantadora y asintió algo embobada.

—Solo finge que tomas, pero no lo hagas —susurró Caliel junto a ella.

—Entonces eres la prima de Marina —quiso entablar conversación el chico—. ¿Se llevan bien?

—Mmm, algo. No la veo a menudo en realidad —respondió Elisa sonriendo incómoda. No sabía de qué hablar ni cómo actuar.

—Eres mucho más bonita que ella —señaló Gabriel mirándola sonriente.

Elisa se sintió algo cohibida ante aquel halago y pudo percibir que su rostro enrojecía.

—Gracias —susurró.

—Mmm... qué básico —musitó el ángel a su lado. Elisa lo miró de reojo y luego volvió su vista a Gabriel.

—Y... ¿tienes novio? —preguntó el chico, a lo que Elisa negó con la cabeza—. ¿Cómo es que alguien tan hermosa está soltera? —añadió galante.

—Bueno... Supongo que no soy de socializar mucho.

Elisa se encogió de hombros como si no fuera la gran cosa y Gabriel rio divertido, aunque ella no sabía por qué; solo decía la verdad.

—¿Es en serio? ¿Eso es todo lo que tiene para decir? —cuestionó Caliel con tono divertido, sonriendo mientras caminaba alrededor del muchacho observándolo de arriba abajo.

—¿Te molesta si voy un rato al tocador? —inquirió Elisa de repente.

El chico confundido negó con la cabeza.

—No, para nada... Aquí te espero.

La morena dio media vuelta para ingresar de nuevo a la casa y cuando estaba a unos pasos de distancia buscó a Caliel con la mirada; él venía a su lado.

—¡Sígueme! —lo llamó con rudeza. Elisa se metió al sanitario y como siempre Caliel la esperó en la puerta, pero entonces escuchó que ella lo llamaba—: ¡Vamos, entra ya! —habló enfadada. Al darse cuenta de que Caliel no la seguía, su molestia aumentó—. ¡Que entres, Chispa!

Caliel protestó al escuchar aquel apodo que tanto odiaba e ignoró su petición.

—No sé a quién estás llamando.

—No me hagas perder más tiempo, ¡ven aquí! —insistió la muchacha. Caliel ingresó al reducido espacio y entonces la vio parada frente al lavabo, los brazos en jarra y las cejas enarcadas. Era claro que estaba molesta.

—¿Qué? —preguntó con inocencia.

—No te hagas, Caliel. No puedo entablar una conversación con nadie si me estás hablando al oído todo el tiempo, insertando tus pensamientos en mi cabeza.

—¿Y desde cuándo eso te molesta? —preguntó Caliel sorprendido.

—Desde que tengo ganas de entablar una conversación normal con ese chico que me parece agradable, además de muy guapo.

—Ya te dije que no te conviene —insistió el ángel. No le gustaba que su protegida ignorara sus palabras.

¡Ella sabía que solo la cuidaba y velaba por su bienestar!

—Déjame decidir eso a mí, ¿sí? Necesito algo de intimidad ahora y te agradecería que te quedaras un poco alejado.

Entonces salió del baño dirigiéndose de nuevo al sitio donde había dejado a Gabriel esperando sin dar mucho más espacio para que Caliel agregara nada más. El ángel suspiró rendido y la dejó llegar hasta el muchacho quedándose a unos metros para poder observar la escena. Ellos tenían algo así como un acuerdo de

intimidad, aquello había sido idea de Elisa hacía unos años atrás, cuando iniciaba su camino hacia la adolescencia.

—*¿Tienes que estar siempre muy cerca de mí? —había preguntado aquella vez cuando por primera vez sintió incomodidad al tener que vestirse cerca de Caliel. Tenía aproximadamente diez años.*

—*Se supone que sí —murmuró el ángel.*

—*¿Y no puedes esperarme en la habitación cuando yo voy a cambiarme y cosas por el estilo? —quiso saber la niña.*

—*Sí, podría, pero... ¿por qué lo haría?*

—*Porque me molesta que me veas y todo eso —se encogió de hombros la niña.*

—*Pero algo podría pasarte mientras estás allí y se supone que estoy para cuidarte —refutó Caliel.*

—*¿Qué podría pasarme en el baño? Además es solo un instante, si no salgo entras a buscarme. Es que... necesito intimidad —pidió frunciendo el labio indecisa, no quería ofender a su ángel.*

—*Sí, pero yo no molesto —agregó sin comprenderla.*

—*Sí molestas. Es decir, no necesitas ver todo lo que hago cuando entro al baño o cuando me visto... Eso es extraño —murmuró la joven.*

—*Yo sé todo sobre las cosas que haces, estudié todo sobre el comportamiento humano cuando me preparé para ser un ángel de la guarda. Es como tú con Bigotino, sabes todo lo que es normal para el animalito y a él no le incomoda que tú le veas cuando está en su arenero y cosas así —replicó Caliel sin comprender por qué Elisa le estaba pidiendo aquello.*

—*¿Me estás diciendo que soy como una especie de mascota para ti? —preguntó Elisa contrariada.*

—*No, no es eso. Solo... no lo entiendo.*

—*Mira, los demás humanos no ven a sus ángeles así que les da igual que estén o no dentro del baño mientras se dan una ducha o algo. Pero a mí me parece perturbador tu presencia en esos momentos, además, eres un chico... o te ves como uno... y yo soy una chica. Necesito mi intimidad, Caliel.*

*El ángel suspiró.*

—*Está bien, haremos esto: me quedaré afuera del baño o de los lugares donde vayas a cambiarte y cosas así, pero si tienes un problema me llamas.*

—*Bien —asintió Elisa satisfecha. Estaba justo por entrar a darse una ducha, pero entonces se volteó a mirarlo—. Y algo más —agregó—, cuando tenga un novio o algo así, también te quedarás alejado... ¿lo prometes? —Caliel entrecerró los ojos recordando aquello que había leído sobre las relaciones de pareja en los humanos, entonces simplemente se encogió de hombros y asintió—. ¡Gracias! —exclamó Elisa sonriendo e ingresando al baño—. ¡Vuelvo al ratito!* Elisa había salido con un par de chicos desde aquel entonces y siempre que empezaba a conocer a uno, le recordaba que quería su «intimidad». Caliel no terminaba de entender aquello, pero solo le tocaba respetar y aceptar. De todas formas, se mantenía siempre cerca y alerta por cualquier cosa.

Los minutos transcurrieron y Caliel esperó pacientemente en su sitio. No le gustaba la forma en que Gabriel se le acercaba y enrollaba en su dedo los mechones sueltos del cabello de Elisa. De todas formas, podía percibir que ella no se sentía del todo cómoda y en algún punto sintió el enfado invadiéndola. En ese instante la vio levantarse luciendo rígida y voltear hacia la salida. Entonces la siguió sintiendo la calma llenándolo de nuevo. Eso duró menos de lo que había esperado.

Respetó el enfado de Elisa y no le hizo ninguna pregunta. La siguió en silencio mientras la chica buscaba a su prima en medio de la pista de baile para avisarle que volvería a su casa en un taxi. Marina, que ya estaba completamente borracha, no le dio importancia y murmuró algo sobre que era una amargada. Elisa salió del lugar hecha una tromba y una vez fuera sacó su teléfono celular y marcó a un taxi. Minutos después estaban de regreso en el hogar. Ya era entrada la madrugada cuando llegaron y sus padres probablemente ya dormían. Ellos le habían insistido que se quedara a dormir con su prima, pero a ella eso en ningún momento le pareció una buena idea; ni siquiera sabía dónde pasaría la noche Marina.

Elisa buscó su pijama en uno de los cajones de su armario e ingresó al baño para cambiarse y lavarse los dientes. Salió poco tiempo después y se metió a la cama, entonces buscó a Caliel —quien ya estaba sentado a los pies de su cama, como siempre— y se incorporó para verlo mejor.

—¿Puedes creer que me dijo para que fuéramos a un motel? ¡Así sin más, como si me invitara un café! —exclamó con enfado, indignada. Caliel sonrió.

—No quiero decir «te lo dije», pero... te lo dije —murmuró con regocijo.

—¿Por qué mejor no borras esa sonrisita de autosuficiencia que traes pintada en el rostro, eh? No me divierte esta clase de situaciones, Caliel. A veces me pregunto si alguna vez encontraré a alguien que... Que me... —suspiró deteniéndose.

—No vas a decirme que dejarás que un chico tan patético como ese afecte tu día —quiso animarla el ángel, pues no le gustaba verla perder las esperanzas. Podía sentir la desilusión que ella estaba experimentando.

—Es un mundo cada vez más solitario este en el que vivimos, ¿sabes? Cada quien por su lado, los valores ya no importan... Todos esos chicos allí solo buscaban pasar el rato y divertirse, nadie se interesa por los demás ni por los sentimientos. Es triste... y yo a veces me siento tan sola, tan... diferente... Como si este no fuera mi lugar —murmuró echándose hacia atrás sobre su almohada.

—Eres diferente y especial, Elisa, pero eso no debería hacerte sentir mal. Ojalá hubiera más personas como tú en el mundo —dijo rodeando la cama para acercarse a ella y mirarla a los ojos.

—¿De qué me sirve ser especial? ¿No sería más fácil ser como Marina o como cualquiera y simplemente vivir y divertirme sin pensar en nada más?

—¿Y crees que eso la hace feliz? —preguntó Caliel.

—No sé, pero a veces lo creo. La gente parece feliz a pesar de todo —respondió pensativa.

—Solo se esconden, Elisa. No son felices en realidad, solo fingen serlo o se esconden en cosas que los distraen para no pensar en nada más. Tú, sin embargo, eres feliz de verdad. Tienes un corazón muy puro y grande —añadió con dulzura colocando su mano en la frente de Elisa. Le habría gustado poder sentir la textura de su piel o el calor que ella decía irradiaban los cuerpos humanos. La chica por su parte suspiró y cerró los ojos; le encantaba la paz que le transmitía Caliel tras la sensación fría de su mano.

—A veces me pregunto si en realidad soy feliz o simplemente también me escondo —susurró. Quedaron en silencio por unos instantes hasta que ella continuó—: ¿Sabes? A veces tengo miedo.

A Caliel le sorprendió aquella confesión.

—¿De qué? —preguntó fijando sus brillantes ojos en los de su protegida, quien ahora lo volvía a mirar.

—De caer en todo eso... Siento que camino en una cuerda floja y que en cualquier momento el mundo podría atraparme. Temo convertirme en uno de ellos, hacer

las cosas que hacen todos y que un día eso ya no me importe —agregó acariciando su cadenita. Caliel había aprendido con el paso de los años que aquel era un gesto que tenía cuando estaba nerviosa o preocupada—. A veces pienso que nadar contra la corriente es extenuante y quizá..., si solo fuera más como ellos..., pero luego lo vuelvo a pensar y no quiero... No deseo ser así. No quiero caer, Caliel —agregó fijando su mirada afligida en él.

El ángel sonrió conciliador.

—No tienes que preocuparte, yo no te dejaré caer —prometió—. Para eso estoy aquí.

—Se supone que no puedes intervenir y si yo quisiera hacerlo me tendrías que dejar elegir —refutó Elisa.

—Lo sé, pero siempre puedo insistirte tanto hasta que te hartes y termines por hacerme caso —bromeó Caliel en un intento por disipar un poco la tensión que afligía a Elisa—. Además, tengo alas. Si caes de esa cuerda floja simplemente volaré hasta ti y te tomaré en mis brazos —añadió sonriendo. Elisa le devolvió la sonrisa sintiéndose mejor.

—¡Ni siquiera tienes alas! —replicó. Por el brillo de sus ojos Caliel supo que la nube negra que la envolvía estaba desapareciendo.

—Que no puedas verlas no quiere decir que no las tenga, Elisa. Tú más que nadie deberías saber que hay cosas que no se ven, pero que existen —añadió ahora buscando su mano para unirla a la suya. No eran muchos los momentos en que se encontraban en esta clase de intimidad, pero le agradaban.

—Tú, por ejemplo... Nadie te ve, pero aquí estás.

—Y estaré siempre —agregó con simpleza. Ella suspiró cerrando de nuevo los ojos.

—Haces de este mundo un lugar menos solitario para mí —añadió—. Buenas noches, Chispa.

—Has arruinado el momento —bromeó Caliel sonriendo—. Buenas noches, Elisa.

## CAPÍTULO 6

Elisa entró directamente a la cocina después de haberse dado una ducha —como era costumbre—, para desayunar antes de ir al colegio. Iba secándose el cabello con la toalla y pensando en dónde había dejado sus zapatos escolares, cuando la voz de su padre llegó a sus oídos. El tono irritado que usaba llamó su atención.

—Están despidiéndolos a todos, Ana. No tardan en darme mi finiquito a mí también.

—¿Y qué haremos? —escuchó que cuestionaba su madre.

—No lo sé... Mis compañeros hablan sobre comenzar un movimiento. Quieren protestar y que se termine con esto que hacen. Reemplazarnos con máquinas —rio con amargura—. ¿Cómo no vimos que esto pasaría? Era tan obvio...

Elisa no sabía qué era más sorprendente; si el escuchar a sus padres hablar como dos personas civilizadas, sin gritos; o el que reemplazaran a su padre por una máquina en el lugar donde trabajaba. Sentía el corazón acelerado por la información que daba vueltas en su cabeza y la pregunta que había hecho su madre se repetía una y otra vez: «¿Ahora qué haremos?».

Era gracias al trabajo de su padre por lo que tenían sustento. Ciertamente, su mamá también aportaba, pero solo una mínima parte. Y ella todavía estudiaba, por lo que no había pasado por su mente conseguir un trabajo, ni siquiera de medio tiempo. A pesar de los tiempos difíciles en los que vivían, a Elisa jamás le había faltado alimento ni nada indispensable, pero ahora... no lo sabía.

Un nudo se le formó en la garganta al imaginar la presión a la que se vería sometido su padre sobre todo tratando de conseguir alguna manera de continuar llevando pan a su mesa. Tal vez iría a buscar otro trabajo —que dudaba encontrara—, o quizás haría hasta lo impensable para tener de vuelta el antiguo.

—Tal vez a ti no te despidan —dijo su madre muy bajito. Elisa se asomó por la puerta entreabierta y vio a su padre mesar su cabello con frustración.

—Tal vez —respondió el hombre, pero hasta la chica pudo notar la poca convicción en aquella frase.

Cuando el silencio se alargó, Elisa supo que no podía seguir posponiendo su desayuno o terminaría por llegar tarde a la escuela, así que, tomando una profunda respiración y fingiendo una sonrisa, abrió la puerta y se dirigió directo al refrigerador.

—¡Buenos días! —saludó con fingido entusiasmo.

Giró sobre sus talones al tomar una manzana y observó a sus padres, quienes a su vez la miraban con curiosidad.

—¿Por qué todavía no estás lista? —cuestionó su padre frunciendo el ceño.

«Porque estaba escuchando su conversación a escondidas», pensó.

—Me levanté tarde. Pero ya casi estoy, no te preocupes.

Mostró una sonrisa de dientes completos y una risita tras ella la puso alerta. Caliel la había descubierto echando mentiras.

—Bien, date prisa que en quince minutos nos vamos.

La chica se apresuró a salir de la cocina y corrió directo hacia su habitación. Se puso el uniforme a toda prisa, se recogió el cabello en una coleta algo desordenada y se aplicó una cantidad mínima de maquillaje; todo esto sin dejar de tararear.

—No sé cómo haces para estar alegre todo el tiempo —dijo Caliel detrás de ella.

Le había dado su privacidad para cambiarse en el baño, pero cuando salió no pudo evitar decirle aquello. Había escuchado la conversación de sus padres y había visto también cómo le afectaba la noticia a su protegida, pero entonces ella simplemente había sonreído y parecido olvidar todo.

Admiraba su capacidad de desplazar las malas noticias como si no importaran. Admiraba su candidez, su ausencia de malicia. En el mundo en que se vivía ahora era visto como un defecto, pero a sus ojos era una cualidad. Era increíble ver cómo algo tan puro seguía existiendo en un mundo tan ruin, cómo la inocencia de Elisa seguía floreciendo aun con un ambiente tan corrupto rodeándola. Era como ver un rayo de luz, de esperanza, justo en medio de la más espesa oscuridad. Eso era lo que, a sus ojos, volvía especial a su protegida y la hacía brillar.

Elisa sonrió al escucharlo y comenzó a aplicarse rímel en las pestañas.

—No me gusta pensar en lo malo del mundo —contestó con simpleza. Hizo un gesto abriendo la boca para poder pintarse las pestañas inferiores y Caliel rio.

—Me gusta eso de ti.

—Lo sé, es imposible que no le guste a alguien.

Elisa rio batiendo sus maquilladas pestañas con coquetería y el ángel puso los ojos en blanco.

—Sí, como sea, señorita modesta. Vamos, que tu padre nos espera.

—Querrás decir *me* espera. Él ni siquiera sabe que existes —refutó la castaña, como siempre, divirtiendo a su guardián.

Mientras ambos iban sentados en el auto rumbo al colegio —Elisa en la parte delantera como copiloto y Caliel en la trasera—, no pudieron evitar sorprenderse al ver las calles principales infestadas de manifestantes. Llevaban pancartas y se plantaban frente a los edificios del gobierno exigiendo que les devolvieran sus empleos. Querían justicia o si no «el pueblo la tomaría por su propia mano», como decía uno de los cartelones.

Elisa sintió que un escalofrío estremecía su cuerpo. Tenía la certeza de que eso no tardaría en irse de las manos y que el gobierno nada podía hacer para apaciguar al pueblo.

—Ya está empezando —escuchó que decía su padre en voz baja. Tragó saliva al mirarlo de reojo y encontrarlo con el ceño arrugado en preocupación—. Cuando salgas de clases llamas a tu madre para que te recoja. No quiero que te vayas caminando sola a casa, ¿entiendes?

Elisa estuvo a punto de decirle que nunca se iba caminando sola, que Caliel siempre la acompañaba, pero se mordió el labio antes de poder abrir la boca.

—¿Entiendes, Elisa? —cuestionó su padre nuevamente, esta vez con más dureza.

—Sí, pa.

Cuando al fin Elisa bajó del auto y su padre siguió su camino, ella se dio cuenta de los semblantes de sus compañeros. Mientras avanzaba hacia la entrada podía escuchar los murmullos acerca de las calles siendo tomadas. Algunos parecían emocionados, otros tantos intrigados y una minoría asustados. Habían estado escuchando los rumores, algunos de sus padres habían sido despedidos y comenzaban a tomar represalias, otros tantos se mantenían al margen y solo observaban lo que empezaba a llevarse a cabo sin intención de intervenir.

—Están preocupados —dijo Caliel a su lado.

Elisa asintió de modo apenas perceptible sin decir palabra alguna. En ese momento, rodeada de tantas personas, alcanzó a recordar que su guardián era solo visible ante sus ojos y se contuvo de responder en voz alta.

Cuando entraron al edificio, Elisa se dirigió hacia el baño para hablar a solas con Caliel, pero al ver que había un par de chicas más aparte de ella, sacó su celular y se encerró en un cubículo. Tal vez así las haría creer que hacía una llamada y no que estaba hablando sola.

—Tengo miedo —se escuchó decir.

Ahí iban sus dedos subiendo de manera inconsciente para tocar al angelito sobre su pecho. Caliel suspiró al verla tan afectada por la situación.

—Lo sé, puedo percibirlo. Así como también puedo percatarme de cómo tus compañeros se sienten al respecto.

—¿Y cómo se sienten? —preguntó curiosa ella.

—Algunos como tú. Asustados porque pueden presentir lo que se avecina. Otros tantos... —Se encogió de hombros—. Su entusiasmo me alarma. Saben que no se acerca nada bueno y aun así están animados.

—Quieren ver el mundo arder —dijo Elisa riendo sin humor. Caliel la imitó.

—Sí. Y lo peor es que creo que van a lograrlo.

La morena se sobresaltó al escuchar aquello.

—¿A qué te refieres, Caliel? ¿Qué sabes? —La manera en que Elisa exigió información hizo que Caliel se preguntara si no habría sido mejor no contarle nada.

—Bueno... En el cielo también hay rumores, ya sabes.

—¿Y qué dicen esos rumores?

Si no hubiera sido porque Caliel podía atravesar cualquier tipo de superficies, se habría alarmado por la manera en que Elisa parecía arrinconarlo en una esquina del reducido cubículo.

—Que las cosas no van a ponerse bonitas.

—Eso no me reconforta —murmuró Elisa pálida.

—Hey. —Caliel se acercó a ella, ya que había dado un paso atrás y tomado asiento en el váter cerrado. Elisa elevó su mirada hasta los ojos radiantes de Caliel y este le sonrió—. Yo no voy a permitir que te pase nada, ya lo sabes. Voy a mantenerte a salvo, ¿sí?

La morena sonrió y permitió que él la rodeara con sus brazos en un intento por consolarla.

—Gracias —dijo ella sintiéndose segura presionada contra su pecho.

Caliel acarició su cabello sin responder a su agradecimiento y se dijo que haría cualquier cosa para mantener a Elisa a salvo. Al fin y al cabo, esa era su misión y no dejaría la Tierra sin haberla cumplido.

## CAPÍTULO 7

La mañana del sábado Elisa despertó tras sentir un fuerte retortijón en el vientre. El dolor que la agobiaba era intenso y se abrazó con fuerza a sí misma intentando calmarlo.

—¿Te sientes bien? —preguntó Caliel al observar su tez pálida y sudorosa.

—No —gimió Elisa y luego corrió al baño. Caliel la siguió y la esperó afuera, desde donde pudo oírla devolver probablemente todo lo que traía en el estómago.

Una de las cosas que a Caliel más le llamaba la atención del mundo humano, era la comida. Le gustaba y le causaba curiosidad ver a la gente alimentándose y disfrutando de aquellas sustancias que se llevaban a la boca, por eso le preguntaba constantemente a Elisa sobre el sabor de los alimentos e intentaba imaginárselos. Pero sabía que de vez en cuando el cuerpo humano no funcionaba correctamente y el estómago hacía de las suyas. Elisa le había intentado explicar lo que era el dolor, pero él no lo podía entender, no podía imaginarse una sensación tan incómoda o negativa.

La vio salir algunos minutos después con la cara mojada —aún seguía pálida— y sus labios habían perdido su color original.

—Creo que algo me ha sentado muy mal —dijo Elisa observándolo y pasando a su lado rumbo a la puerta con desgana—. Iré a ver si mamá tiene algo que pueda tomar.

Caliel asintió y la siguió hasta la cocina donde estaba su madre preparando el desayuno. Elisa le comentó cómo se sentía y Ana le dijo que fuera a reposar, que ella le llevaría un té enseguida. La muchacha obedeció y volvió a su habitación metiéndose de nuevo a la cama y cayendo casi de inmediato dormida. Se sentía muy cansada.

Así pasó todo el sábado, entre dolores de estómago, algo de temperatura y cuidados de Ana, que venía continuamente a cerciorarse de su estado o a traerle algo ligero para que no estuviera con el estómago vacío.

Durante una de esas visitas y mientras Elisa platicaba con su madre, Caliel sintió «el llamado» y aquello le pareció demasiado extraño. De hecho, solo lo había sentido en una ocasión, aquella vez que tuvo que subir a dar un reporte sobre el accidente en el cual había intervenido. Los ángeles tenían una conexión espiritual muy fuerte entre ellos; eso no significaba que pudieran leer los pensamientos de los otros ángeles o algo así, pero tenían una especie de consciencia colectiva que podía ser activada en algunas situaciones. Normalmente, era utilizada por los arcángeles o ángeles de jerarquías superiores para avisarle a los guardianes sobre cambios o decisiones importantes que debían tener en cuenta en su labor. Aquello también podía ser un aviso para llamar al orden a un guardián que hubiera incumplido una regla, como había sido su caso la vez anterior. De todas formas, Caliel no tenía idea del porqué lo estaban llamando, en esta ocasión no había hecho nada malo y, desde la vez que tuvo que intervenir con aquellos chicos que quisieron atacar a Elisa, ya había pasado bastante tiempo.

Lo cierto es que debía esperar, los ángeles solo podían responder al «llamado» cuando su protegido o protegida estuviera durmiendo. No es que los dejaran en esos momentos, pero necesitaban de un alto grado de concentración y de mucha energía para poder ponerse en contacto con uno de los arcángeles, por tanto, requerían que el humano estuviera en calma y reposo.

—¿Sentiste el llamado también? —preguntó Aniel, quien se encontraba cerca mientras la madre de Elisa permanecía en el cuarto. Aquello hizo que Caliel se sobresaltara.

Los ángeles casi nunca se ponían en contacto unos con otros. No era que estuviera fuera de regla, sino que los guardianes venían a la Tierra a cumplir funciones, no a conversar con otros ángeles ni a hacer amigos. Eran solo algunos casos muy puntuales en los cuales trabajaban juntos y el principal era durante el embarazo de una mujer. Además de ese momento, existían otros en los cuales dos ángeles podían congeniar e intentar afianzar lazos entre dos personas que estaban destinados a ser pareja o mejores amigos.

Caliel y Aniel habían hecho amistad durante la gestación de Elisa, pero luego del nacimiento hablaban en ocasiones muy puntuales.

—Sí —respondió Caliel—. ¿Sabes algo?

—Las cosas no están marchando bien, los seres humanos están desafiando las leyes de Dios más rápido de lo que se esperaba y se dice que un gran grupo de espíritus malignos están influyendo en sus vidas, atrapando sus corazones y sembrando el mal en ellos —Aniel se acercó y le susurró como si alguien pudiera oírlos—. Dicen que Dios está dolido y que quizá decida adelantar ciertos eventos.

—¿Tanto así? —preguntó Caliel asustado. Al igual que muchos humanos, los ángeles conocían la teoría acerca del esperado final de los tiempos, pero nadie sabía cuándo sucedería y ya habían presenciado ocasiones anteriores donde corrieron varios rumores sobre fechas y tiempos en los que, finalmente, no había sucedido nada.

—Descansa un rato, hija —dijo Ana saliendo de la habitación de Elisa y Aniel la siguió encogiéndose de hombros.

Caliel se acercó a la ventana de la habitación y observó el exterior preocupado. Conocía todo lo que se decía sobre los eventos que sucederían y no se podía imaginar a Elisa viviendo esa época. Suspiró y volteó a mirarla. Ella había cogido un libro y estaba absorta en la lectura mientras Caliel se quedaba allí contemplándola. Le gustaba estar cerca de ella, aunque no siempre estuvieran hablando; a veces simplemente permanecían en silencio, mientras ella se concentraba en algunas actividades que eran propias de los humanos, como leer, estudiar, ver una película o jugar algún juego en alguna consola. Él incluso disfrutaba de observarla hacer esas cosas y de aprender más sobre toda esa realidad de la cual era solo un espectador externo.

Un rato antes de dormir, cuando al fin Elisa soltó aquel libro, Caliel se sentó a los pies de su cama y le sonrió.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, a lo que ella asintió.

El color había vuelto a sus labios y llevaba varias horas —una medida de tiempo que Caliel no terminaba de entender, pero que sabía que pasaban porque Elisa le había enseñado a medirlas en un reloj de pared— sin vomitar.

—Bastante —sonrió ella—, aunque todavía siento dolores y un montón de ruidos en mi abdomen.

—¿Ruidos? —preguntó confundido, pero Elisa solo sonrió y negó con la cabeza.

—No me pidas que te explique eso —bromeó.

—Bueno...

El ángel se encogió de hombros.

—¿Caliel? —lo llamó Elisa—. ¿Qué harías si tuvieras la oportunidad de sentir como uno de nosotros? ¿Qué te gustaría experimentar?

—Hmmm —Caliel lo pensó—. No sé, son tantas las cosas que me gustaría experimentar —sonrió y Elisa pensó que le encantaba el brillo en sus ojos cuando se entusiasmaba con alguna conversación—. Quisiera comer, aunque no me gustaría sentir eso que estás sintiendo tú ahora —bromeó y ella asintió abrazando su vientre—. También me gustaría mucho sentir el calor, o el frío... O el agua

derramándose por mi piel... Claro, si tuviera piel —añadió, a lo que Elisa respondió con una risita divertida—. Me gustaría sentir el viento soplar... y me agradaría tocar tus cabellos, o saber cómo se siente la textura de tu piel; se ve tan suave... También quisiera oler los aromas, el de tu perfume por ejemplo... Ese que te pones con tanto esmero cada mañana antes de salir a la escuela.

—Si yo fuera un ángel, me encantaría poder saber qué piensan las demás personas —dijo Elisa pensativa y Caliel se echó a reír.

—Ya te dije que no puedo hacer eso, no soy un superhéroe o algo parecido. Tampoco soy una de esas criaturas extrañas con poderes raros que existen en las películas que ves o en los libros que lees. Mi mundo es muy parecido al tuyo, solo sin la maldad y el dolor —agregó—. No puedo leer los pensamientos, ni siquiera los tuyos. Solo puedo intuir, percibir las emociones, las... energías —explicó—. Es por eso que puedo saber quiénes representan posibles peligros o amenazas para ti.

—Bueno... Pues me gustaría hacer eso de todas formas, y también ser invisible —añadió—. Así puedo entrar en cualquier sitio y saber qué están diciendo los demás —rió divertida y con fingida maldad.

—Eso es ser chismosa —agregó Caliel. Elisa solo se encogió de hombros.

—De todas formas, y aunque me gustaría sentir cómo sería tomar tu mano si fueras un chico normal, me agrada lo que siento cuando lo hago. Es... algo extraño de explicar —murmuró—, se siente como si fueras de cristal, pero puedo percibir toda la energía que tienes y eso es muy intenso. Es como si me envolviera una fuerza —dijo Elisa acercándose y tomando entre sus manos una de las de Caliel. El ángel sonrió.

Se quedaron allí sintiéndose mutuamente hasta que Elisa decidió que era hora de dormir. Cuando Caliel la sintió sumergirse en un sueño profundo, cerró sus ojos y se dispuso a hallar la concentración requerida para que su espíritu pudiera ponerse en contacto con alguno de los arcángeles.

Un rato después volvió en sí, no muy contento con las noticias recibidas. El arcángel con quien había hablado solo le confirmó aquello que ya Aniel le había comentado, le sugirió extremar los cuidados con su protegida, ya que, por su bondad y pureza, ella era una de las almas que Dios deseaba proteger y que estaban más expuestas a ser buscadas por los demonios. Le explicó que esos espíritus malignos sueltos en la Tierra tenían la misión de encontrar más almas para corroer, de manera que los humanos mismos fueran quienes aceleraran el proceso hacia su propia destrucción. De esa forma el diablo podría llevar más almas para sí cuando todo terminase.

Caliel quiso saber si todo eso estaba próximo a suceder, pero nadie le daba esa respuesta. El arcángel solo dijo que debían estar preparados y que la función de los guardianes en esos momentos era mucho más importante, teniendo en cuenta la cantidad de pecados y vicios a los que estaban expuestos los seres humanos en la actualidad.

El ángel regresó abatido y preocupado. La idea de Elisa dejándose llevar por la maldad del mundo y perdiendo esa alegría, bondad y pureza que la caracterizaban, lo tenía más asustado que cualquier otra cosa. Al verla allí tan plácidamente dormida se sintió seguro; se había preparado durante mucho tiempo para esa misión y no iba a fallar en ella. Nadie le haría daño al alma de Elisa. Él no lo permitiría.

Caliel sabía que el cuerpo de los humanos estaba sujeto a potenciales enfermedades, accidentes e incluso a la misma muerte, situaciones en las que ellos muchas veces no podían interferir, pero el alma era eterna y al final de la

vida en la Tierra era juzgada para definir si iría al paraíso o al infierno... y él no permitiría que el alma de Elisa se tornara oscura. Haría lo que fuera para protegerla.

Cerró los ojos e incluso pudo imaginarse abrazando su alma en el cielo, cuando, finalmente, su vida en la Tierra llegara a su fin y él tuviera que acompañarla hasta el paraíso. Sabía que durante un breve periodo de tiempo podría abrazarla y sentirla de la forma en que se sienten los ángeles entre sí. No sería mucho tiempo pues luego él debería volver a cumplir otra misión con otro protegido, pero de algo estaba seguro, no permitiría jamás que el alma de Elisa fuera condenada al fuego eterno.

El ángel observó la habitación aclararse con la luz del sol que ingresaba suavemente por la ventana y supo que Elisa despertaría pronto, también percibió que se sentía mucho mejor, pues había pasado una noche tranquila. De todas formas, todo el domingo Elisa prefirió esconderse en su habitación, leer, escuchar música y preparar un trabajo para la escuela.

Y así pasó el domingo... y entonces llegó el lunes, y cuando Elisa salió para la escuela, supo que las cosas durante el fin de semana habían empeorado. La ciudad estaba en ruinas y los destrozos se contaban en cada esquina. Había negocios destruidos, saqueados, manifestantes enojados acabando con la poca paz que tenían. Podía ver a plena luz del día algunos grupos de personas rompiendo ventanas y extendiendo pánico sin importarles quién los veía o si eran atrapados.

—¿Papá, qué sucede? —preguntó consternada al ver tanta destrucción.

Su padre, a su lado, suspiró.

—Las cosas se han salido de los límites, hija. La gente está alterada y asustada, ahora son varias las fábricas que han estado despidiendo funcionarios y los sindicatos han estado aliándose para atacar. El sábado hubo algunas marchas y aunque se pretendía que fueran pacíficas nada terminó bien y acabaron destrozando las empresas y golpeando a cualquiera que hubiera intentado imponerse. La policía debió tomar medidas y salieron muchas personas lastimadas. La verdad es que no sé qué sucederá hoy pues se dicen muchas cosas en las noticias.

Y los rumores se hicieron realidad cuando llegaron a la escuela —que quedaba en el centro mismo de la ciudad—, y se dieron cuenta de que las calles estaban cerradas. Algunos negocios no habían abierto sus puertas y en la escuela había un cartel que decía que las clases se suspendían para salvaguardar la integridad de los alumnos, por las posibles manifestaciones que se esperaban para ese día.

Elisa asustada observó a Caliel —al tiempo que tomaba su dije— buscando algo que la reconfortara en la paz que su ángel siempre le transmitía, pero él estaba concentrado en observar el exterior y sus facciones también denotaban preocupación y alarma.

—Será mejor que volvamos a casa lo antes posible —terció su padre observando que algunos manifestantes se aglutinaban en una esquina, traían los rostros cubiertos y estaban armados con palos de hierro y madera.

Aquello no sería una manifestación pacífica.

## CAPÍTULO 8

El padre de Elisa la dejó en el portal de su casa y no arrancó hasta verla cerrar la reja tras ella. La chica lo observó alejarse y sintió miedo por los hechos que se estaban desarrollando. Un fin de semana había bastado para que las cosas en su ciudad cambiaran casi por completo. No es que antes de esos días hubiera sido del todo segura o pacífica, pero tampoco era tan abiertamente... violenta.

Recordó con claridad la multitud de hombres armados con garrotes y otras cosas caminando por la avenida como si fuera de lo más normal. Había sido obvio que eran parte de los manifestantes, posiblemente excompañeros del trabajo de su padre. Lo más probable era que hubieran perdido su trabajo y sustento de manera injusta, pero eso no los eximía de ir marchando por ahí sembrando terror. Porque aquello era lo que habían difundido en el interior de Elisa; un profundo y oscuro terror.

—Creo que es mejor que entres —escuchó que decía su guardián.

Ella creía que ya estaba segura detrás de la puerta de reja, pero no podía oír lo que Caliel le decía; a solo unas manzanas una aglomeración de personas furiosas arremetía contra cualquiera que intentara detenerlos, a ellos y a la revuelta que iniciaban.

Elisa suspiró sabiendo que debía escuchar a su ángel e ingresó cabizbaja a la vivienda. Caliel por primera vez no sabía cómo actuar para animarla. Cuando el habitual buen humor de Elisa desaparecía, solía ser por malentendidos o preocupaciones banales, por lo que casi siempre lo recuperaba al instante, pero en aquella ocasión...

—Voy a ver una película —informó Elisa sentándose en el sofá. Caliel se situó a su lado y se animó al ver que retomaba su ritual—. Quiero distraerme un rato.

Tomó el mando a distancia y colocó un canal en donde había siempre buenos filmes. Caliel se sorprendió porque no hubiera ido antes a saquear el refrigerador, pero permaneció en silencio. No quería incordiarla, sobre todo porque ya se hallaba preocupada.

Iba comenzando una película algo vieja acerca del fin del mundo, por lo que ambos se perdieron en aquel mundo de ficción. Se quedaron en silencio, hombro con hombro, observando aquella trama tan absorbente. Para Caliel era interesante —y algo divertido— ver cómo creían los humanos que sería el fin de la humanidad. Para Elisa era gracioso ver los efectos especiales tan falsos que había en el filme, aunque en cierto punto no pudo evitar soltar una que otra lágrima.

—¿Así será el fin del mundo? —cuestionó de repente, tomando a Caliel por sorpresa.

—¿Acaso nunca has leído la Biblia? —Elisa le lanzó una mirada como diciendo «sabes que no»—. Bueno, te diría..., pero solo Dios lo sabe.

Se encogió de hombros y Elisa hizo una mueca de decepción.

—Es que me da miedo. Tanta muerte, tanta injusticia, tanto dolor...

Se encogió sobre sí misma y Caliel no pudo evitar sentir algo cálido en el pecho al verla así.

—Ya te dije que yo te protegeré.

—¿Y si no puedes hacerlo?

Caliel frunció el ceño al verla tan angustiada.

—Mira, lo voy a poner así. Tú dejaste de ser solo mi trabajo, Elisa. Yo te estimo demasiado.

—Y yo a ti —dijo la morena con la boca chiquita.

El ángel sonrió al escuchar aquello y continuó:

—Daría mi alma porque estuvieras a salvo si fuera necesario.

—¿Es posible que un ángel entregue su alma? —cuestionó Elisa curiosa. Caliel se quedó pensativo durante algunos segundos.

—En realidad, no lo sé... Pero de ser posible, lo haría sin dudarlo.

La chica parpadeó con algo de asombro y otra emoción que no pudo definir. Era como una chispa cálida que comenzaba en su corazón y se extendía hasta los dedos de sus pies. De repente se sintió algo cohibida. Caliel podía ser muy dulce incluso sin proponérselo y aquello la desarmaba por completo.

—¿Qué va a pasar conmigo cuando me muera? —cuestionó de la nada, sin querer pensar en las emociones que su guardián encendía en su interior. Sin darse cuenta volvía a jugar con su colgante de ángel—. ¿Qué va a pasar con mi alma, Caliel? ¿Con mi espíritu... o lo que sea?

El ángel se quedó en silencio meditando su respuesta. La verdad era que el destino de su alma dependía del curso que tomara su vida. Elisa todavía era muy joven, tenía toda la vida por delante..., pero, conociéndola, ella iría directo al cielo. Sabía sin duda alguna que su corazón permanecería puro conforme creciera y ella seguiría siendo tan bondadosa como siempre.

—No debes preocuparte por eso —dijo Caliel sonriendo seguro, estirando su mano para tocar la nariz de Elisa, quien se hizo hacia atrás sin pensarlo, sorprendiendo al ángel y a sí misma en el proceso.

No sabía por qué había hecho aquello. Tal vez... era esa sensación bajo su piel a la que no se acostumbraba. No era mala..., pero tampoco estaba segura de que fuera buena. Era diferente, y aquello la asustaba.

De repente la película que miraban fue a un corte comercial y el sonido de un breve noticiero los sacó a ambos del asombro en el que estaban sumidos. Caliel hizo una mueca, a Elisa se le llenaron los ojos de lágrimas. Por eso odiaba ver aquellos informes.

Un atentado terrorista había sucedido en alguna parte de Europa y un *tsunami* había devastado las costas de un país asiático. Cientos de muertos, miles de heridos... Millones de personas aterradas.

Elisa sufría. No conocía a ninguna de aquellas personas, pero le dolía ver tanto sufrimiento. Le espantaba saber que había gente llena de tanto odio, tanta maldad, capaces de llevar a cabo actos tan atroces y saber que había hechos que nadie podía controlar. Ver todo aquello le hacía hervir la sangre de rabia, de impotencia, pero sobre todo estrujaba su corazón. Su esperanza de que el mundo fuera un mejor lugar se veía dañada cuando observaba aquellas cosas.

«¿A dónde va a parar el mundo?», se preguntó mientras el locutor presentaba los hechos con una indiferencia increíble, como si hablaran del clima y no de la desaparición de cientos de vidas. Lo veía ahí, tan tranquilo, recitando los sucesos con una calma que a ella la ponía nerviosa.

¿Es que acaso ya no había sensibilidad en el mundo? ¿Dónde estaba el amor, la compasión? ¿Dónde había quedado la empatía?

Elisa era una chica optimista por naturaleza. Trataba de verle el lado bueno a todo lo que pasaba siempre, pero en aquellos instantes le estaba costando trabajo. Sentía un nudo en la garganta y los dedos se le estaban acalambrando por apretarlos en puños con tanta fuerza. La mandíbula le temblaba, los ojos le ardían... y Caliel solo la veía sufrir en silencio.

A él también le dolía la situación mundial, pero suponía que para Elisa que era humana, todo era aún peor. Sin embargo, verla así, tan afectada, tan... deprimida, lo alertó. Sabía que una señal de que los demonios se encontraban influenciando

a los humanos, era la presencia de sentimientos negativos como los que Elisa estaba mostrando, como los que la mayoría de la gente alrededor del mundo comenzaba a mostrar.

Un pesado y frío brazo cayó sobre los hombros de la chica y ella supo de inmediato de quién se trataba. Además de que era el único que la acompañaba en aquellos momentos, su ángel no soportaba verla triste y siempre buscaba reconfortarla ya fuera con un gesto o alguna palabra. Elisa no deseaba hablar en aquellos momentos y supuso que Caliel lo había notado, que había sido por eso que había optado por abrazarla en su lugar.

Recargó la cabeza sobre su hombro y suspiró sintiendo que Caliel tiraba de su cabello con suavidad. Recordó una conversación que había tenido ese fin de semana, en donde él le había confesado que, si hubiera podido sentir, le habría gustado saber la textura de su cabello y piel, oler el aroma de su perfume. El estómago le dio un brinco y Elisa se tensó al sentirse tan abrumada por la cercanía con su ángel. No sabía qué le estaba pasando, por lo que se excusó cuando Caliel la observó confundido y le dijo que estaba cansada.

Se puso de pie para encaminarse a su habitación y Caliel la siguió de cerca. La observó acostarse y suspirar exhausta, agotada por las emociones. Sus ojitos se veían tristes y creía que una siesta le haría bien.

\*\*\*

Elisa salió de su habitación al darse cuenta de que Caliel no se hallaba a su lado. Quería ver dónde estaba su ángel, puesto que no respondía tampoco a su llamado. Estaba algo preocupada por él, aunque aquello no tenía sentido; era Caliel quien debía velar por su bienestar, no ella por el de él.

El pasillo se encontraba a oscuras y la casa más silenciosa que un cementerio. —¿Mamá? —llamó Elisa. Nadie respondió.

Recorrió descalza el corredor hasta llegar a la sala común y apretó los labios al ver la televisión prendida, el canal con estática. No estaba su padre tampoco y aquello le parecía en extremo inusual. Paseó la mirada por sus alrededores y con paso lento se acercó a la ventana. Descorrió la cortina con cuidado y a continuación su corazón se saltó un latido. El cielo era rojo sangre... y la avenida estaba desierta. El asfalto de la calle parecía destilar vapores, por lo que se preocupó al ver a Bigotino maullando en medio de esta y salió en su auxilio sin pensar en nada más.

—¿Qué haces acá, gato loco? Te puede pasar algo malo.

Giró sobre sus talones con la criatura entre sus brazos y su piel se erizó al percatarse de que el felino comenzaba a evaporarse entre sus dedos. Elisa trató de retenerlo, pero con un último maullido el gato desapareció y con él la luz también comenzó a extinguirse.

Quiso tomar su dije entre sus dedos como acto reflejo para tranquilizarse, pero se alteró más al darse cuenta de que no se encontraba sobre su pecho. Su cadena había desaparecido y sin ella se sentía expuesta, vulnerable. Elisa miró hacia el cielo en busca del sol o la luna, alguna señal que le dijera lo que pasaba, pero lo único que alcanzó a ver fueron sombras merodeando a su alrededor, hablándole... y riendo.

—Elisa —escuchó que siseaban.

Aquellas sombras extendían sus brazos incorpóreos en una macabra invitación que Elisa no deseaba aceptar. Una voz en su cabeza —una voz que reconocía como

la de Caliel— le exigía que huyera, que se refugiara en otro lugar, que no confiara en ellos ni en nadie más.

—¿Caliel? —preguntó la morena observando a su alrededor. Pero su ángel no estaba.

Elisa se hallaba sola y una nube de sombras oscuras se arremolinaba sobre su cabeza. Reían de una manera oscura y se extendían de tal manera que el cielo ya no era visible ante sus ojos.

—¡Huye, Elisa! —escuchó a Caliel a lo lejos, sin embargo, continuó sin vislumbrar a su guardián.

Aquellos espectros malignos estaban comenzando a girar y girar, mareándola, logrando desubicarla por un momento, tratando de encontrar un hueco en su mente para poder apoderarse de ella. Elisa cayó de rodillas sobre el asfalto y cubrió sus oídos al tiempo que cerraba sus ojos, deseando desaparecer y volver a su habitación, junto a Caliel.

—¿Dónde estás? ¡Ayúdame, por favor! —rogaba al sentir el frío y espeluznante roce de aquellas ánimas perversas. Jugaban con su cabeza, le susurraban promesas falsas, y Elisa no quería sucumbir.

Volvió a suplicarle a su ángel que la ayudara, pero él jamás llegó. La dejó sola, a su suerte. Quebrantó la promesa que le había hecho, aquella de cuidarla siempre, y con ella quebrantó también su espíritu.

El gélido agarre que sintió sobre su tobillo la hizo abrir los ojos de golpe. Una mano con garras negras la tenía bien asida, pero nada la asustó más que encontrarse con una sonrisa de filosos y peligrosos colmillos.

—Te tengo —se mofó el demonio.

Entonces comenzó a jalar de ella hacia el infierno y Elisa comenzó a gritar.

\*\*\*

—¡Elisa! ¡Despierta, Elisa! —pedía Caliel alterado al ver a su amiga patalear sobre el colchón.

La chica abrió los ojos de repente y comenzó a arrastrarse hacia atrás al encontrar a su ángel muy cerca de su rostro. Temblaba de pies a cabeza mientras escudriñaba su habitación con terror, el sueño la había dejado muy alterada.

—L-las sombras. Vienen por mí —jadeó con falta de aire. Su barbilla comenzó a temblar y las lágrimas a surcar sus mejillas. Seguía llena de terror.

—Fue un sueño —quiso tranquilizarla su amigo—. Una pesadilla solamente. Aquí estoy. Tranquila, aquí estoy.

Se acercó a abrazarla y Elisa se arrojó sin pensarlo directo entre sus brazos.

—Me dejaste —le reclamó—. Ellos me llevaban y t-tú no estabas y no tenía m-mi cadenita tampoco. No había nadie y...

—Shhh. Tranquila, ya pasó. Fue solo un sueño, yo no me he ido de tu lado ni lo haré jamás.

Colocó un beso sobre su cabello y Elisa lloró en su pecho.

Había sido solo un sueño, una horrible pesadilla. Sin embargo, la sensación de haber sido abandonada, de estar desprotegida, seguía a flor de piel. Sentía cierto rencor sin sentido hacia Caliel por las imágenes que todavía podía reproducir con claridad en su cabeza. Sabía que no era justo, pero no podía evitarlo. Él le había prometido encontrarse ahí siempre para ella y no había estado mientras la arrastraban al averno.

—No te vayas —pidió Elisa elevando la mirada—. No me abandones.

Caliel observó los ojos suplicantes de Elisa. Estaban enrojecidos y anegados en lágrimas. Se hallaban llenos de terror... y se preguntó si no habría podido ingresar en su pesadilla de haberlo intentado. Le retiró un mechón de su mejilla húmeda y asintió acercándola de nuevo a su pecho.

—Jamás, Elisa. Jamás te dejaré.

## CAPÍTULO 9

Elisa sintió cómo la calma invadía todo su cuerpo al saberse en brazos de su ángel. A pesar del frío que caracterizaba a su cuerpo, ella sintió calidez. Se preguntó cómo eran capaces de vivir las demás personas sin ser conscientes de la presencia de su ángel protector, ella simplemente no podría hacerlo. Sintió entonces el tacto de Caliel acariciando con suavidad su espalda y se estremeció, de nuevo aquella sensación extraña se colaba bajo su piel, pero esta vez no quiso apartarse, solo cerró sus ojos y suspiró.

Caliel se sentía preocupado, quería saber con más detalles de qué se había tratado aquella pesadilla, pero no le pareció el momento para preguntárselo, no quería alterar la tranquilidad que había conseguido y pensó que en la mañana podrían hablar de aquello. Los sueños eran el primer sitio que los demonios utilizaban para atormentar a los humanos que —por supuesto— eran incapaces de diferenciar entre una pesadilla común o una con intervención de aquellas almas perdidas.

Permanecieron así por un buen rato hasta que Elisa decidió volver a dormir. No dijo nada, solo se apartó con suavidad de los brazos de su ángel y le sonrió antes de meterse de nuevo bajo su manta y cerrar los ojos.

—Solo recuerda que sigo aquí —dijo Caliel para infundirle paz y deseando con todas sus fuerzas que las pesadillas no volvieran esa noche. Ella sonrió asintiendo con un mínimo movimiento de cabeza antes de girarse sobre sí misma.

Pero no pudo dormirse de forma instantánea, no a causa del mal sueño sino debido a esa extraña e intensa necesidad que estaba empezando a sentir por saberse cerca de Caliel. Se preguntó si aquello sería normal y trató de recordar cómo era antes. No llegó a ninguna conclusión y se limitó a intentar convencerse de que se debía a la cantidad de problemas que la rodeaban en ese momento asociados a la tranquilidad que le brindaba estar cerca de él. Entonces se durmió. Cuando despertó a la mañana siguiente lo primero que hizo fue buscar con su mirada el sitio donde solía estar Caliel, allí lo encontró y él le regaló una sonrisa. Se levantó sin decir palabras, se dirigió al baño a asearse y cambiarse, y cuando salió se sentó en la cama para calzarse.

—Necesito desayunar o moriré desnutrida. —Caliel rio al darse cuenta de que había amanecido de buen humor y con el apetito de siempre. Se levantaron y fueron al comedor.

Elisa esperaba ver allí a sus padres, como siempre, pero no había nadie. La mesa estaba preparada, había fruta, pan y mantequilla, una taza y abajo de la misma una pequeña nota. Elisa la tomó y la leyó curiosa.

«Elisa:

Tuvimos que salir temprano para llegar al trabajo pues nos han llamado a una reunión importante, tu madre viene conmigo porque la calle está peligrosa para que ande sola. Te dejamos el desayuno listo. Tú cuídate, y no salgas de la casa.

Cariños,

Papá».

—Solos de nuevo —dijo Caliel mientras se sentaba en uno de los lugares de la mesa. Elisa sonrió asintiendo, estaba preocupada por su padre y su situación laboral. Suspiró y se sirvió de comer.

—Ojalá no suceda nada malo en el trabajo de papá —añadió mirando a Caliel. Quedaron un rato en silencio y luego el ángel se animó a hablar.

—¿Qué fue lo que soñaste anoche? —preguntó.

—No quiero hablar de eso, fue un sueño muy... vívido. Me da miedo el solo recordarlo —agregó Elisa negando con la cabeza.

—Es importante que me digas lo que soñaste, Elisa —insistió Caliel. La chica dejó de masticar aquel pedazo de pan que se había llevado a la boca y lo miró rodando los ojos.

—A ver... ¿Por qué es importante que te hable de mis sueños? —preguntó con voz cansina.

—Solo dímelo, ¿sí? —pidió Caliel sonriéndole con ternura, Elisa suspiró y supo que no podría negarse a aquel gesto y a aquella sonrisa que le acababan de cambiar el estado de ánimo.

—Estaba mirando por la ventana, el cielo se había puesto rojizo y Bigotino estaba afuera. Me asusté porque me rodeaba una sensación inexplicable de peligro inminente, pero no quería dejar a mi gato a la intemperie, así que salí por él. Entonces unas sombras empezaron a aparecer, salían del suelo, eran horribles y se acercaban a mí como si quisieran llevarme a algún sitio sin mi consentimiento. Te busqué por todas partes y podía escuchar tu voz pidiéndome que corriera, pero no estabas por ningún lado y yo no podía escapar... Pude incluso sentir el agarre de una de esas sombras y pensé que moriría, de hecho, tuve la certeza de que ese era mi final... y entonces desperté. Fue muy desesperante —agregó y luego suspiró—. No debiste haberme dejado. —La extraña sensación que la había invadido la noche anterior volvió a apoderarse de ella. Aun sabiendo que era un sueño, Elisa sentía que Caliel la había abandonado.

—Escucha, lo que voy a decirte ahora te sonará un poco extraño..., pero tienes que saber que muy pronto empezarán a suceder cosas que no necesariamente tienen una explicación lógica —Caliel hizo silencio mientras buscaba las palabras exactas para no alterar a Elisa.

—¿Qué estás diciendo? ¿Más cosas? —preguntó asustada.

—Calma... Mira, los problemas del mundo no serán solo a nivel físico, es decir, no se tratará solo de guerras y desastres... también habrá grandes luchas espirituales, porque la Tierra está pasando por un momento en el cual sus habitantes están siendo puestos a prueba. No quiero asustarte, pero necesito que sepas que hay almas, espíritus... entidades malignas en busca de almas buenas, puras. Digamos que el mal necesita aliados, así como también precisan hacer flaquear a las fuerzas del bien, y creen que, mortificando almas limpias, lo lograrán. Eso que tuviste no fue una pesadilla..., fueron en verdad espíritus negativos intentando atemorizarte —informó el ángel apesadumbrado por asustarla de esa forma. Elisa lo miraba sorprendida y con los ojos muy abiertos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó y Caliel solo asintió—. Y, ¿qué debo hacer? —inquirió angustiada—. ¿Tengo a esos demonios metidos en mi cabeza? ¿Cómo me deshago de ellos? —agregó tomándose la cabeza entre las manos y sacudiéndola con fuerza. Caliel sonrió ante aquel acto tan histriónico en medio de una conversación que pensó la asustaría, pero luego negó con la cabeza y continuó con su explicación. De todas formas, le gustaba que ella lo tomara de esa forma.

—Si te vuelven a atacar en sueños intenta llamarme con fuerza, normalmente puedo velar tus sueños e ingresar a ellos cuando tienes pesadillas, sin embargo, cuando ellos ingresan primero truncan mi entrada y entonces me cuesta mucho llegar al sitio. No puedo explicártelo bien, pero es como si me quedara buscándote en alguna realidad paralela. Nos escuchamos, pero no nos vemos, y si tú me llamas mucho yo podré seguir el sonido y encontrarte.

—¿Quieres decir que volverá a suceder? —preguntó Elisa ahora alterada levantándose y dando algunos pasos desorientados. Caliel se levantó tras de ella y colocó su mano en uno de sus hombros para sosegarla.

—No lo sé, pero si sucede tienes que saber lo que debes hacer. Solo llámame... ¿Está bien?

—Está bien, pero ¿cómo sabré si son esos demonios que dices o si se trata de una simple pesadilla? —preguntó Elisa luego de meditar un poco acerca de las palabras de Caliel. El ángel la observó pensando en alguna respuesta a esa pregunta y entonces vio el dije que ella traía siempre colgado al cuello.

—Allí tienes la respuesta —dijo señalando al pequeño angelito de oro—. Ese dije tiene una bendición especial pues ha sido sumergido en el agua con el cual has sido bautizada.

—¿Este? —preguntó Elisa tocándolo, ese era el dije que siempre la hacía sentir protegida, el que su abuela le había regalado cuando la bautizaron.

—Así es, cuando estés en un mal sueño debes fijarte si lo traes. Si no lo traes o si lo ves de un color oscuro es porque no es una pesadilla común, ¿me explico?

Elisa no respondió, solo asintió recordando que había buscado el dije en aquel sueño y no lo había hallado. Se volteó entonces de forma brusca y se encontró frente al torso robusto y brillante de Caliel, sin pensarlo lo abrazó y él la rodeó con sus brazos. Últimamente esos contactos se estaban haciendo cada vez más frecuentes y aunque ambos se daban cuenta de aquello ninguno de los dos quiso mencionarlo en ese momento.

De inmediato Elisa pudo respirar la calma y la sonrisa se pintó en sus labios, Caliel enredó sus manos en sus cabellos y la observó a los ojos. Pensó que su mirada era hermosa, profunda y tan pura como su alma, miró entonces sus oscuros cabellos enrollados entre sus dedos y una vez más deseó saber cómo se sentían, a qué olían. Elisa percibió a Caliel perdido en sus pensamientos y una extraña intimidad los envolvió, ella posó sus manos en sus brazos, aquellos que parecían fuertes y que se sentían fríos y por un momento deseó quedarse allí hasta que todo acabara.

Caliel siguió observándola y sus ojos se posaron en sus labios, se veían rosados, carnosos y suaves, quiso poder pasar sus dedos por él y sentir su textura, se preguntó qué sentirían los humanos cuando se besaban en ellos. Esa era una costumbre que los ángeles no tenían, ellos eran seres puramente espirituales y el contacto físico no existía entre ellos, bastaba con que uno experimentara la fuerza de la energía del otro para saber lo que sentía. Pero Caliel entendía que para los humanos no funcionaba así, pues ellos no podían experimentar lo que sentían los demás, y necesitaban de los actos físicos para demostrarse afecto.

Elisa se sintió observada y cuando levantó la mirada se encontró con la de Caliel que la observaba de forma intensa. Algo la hizo terminar el abrazo y una risita nerviosa se escapó de sus labios.

—Entonces... ¿quiere decir que ahora sucederá como en esos dibujos animados que veía cuando era pequeña? —Caliel sacudió la cabeza sin entender, aún confundido por la situación anterior—. Sí, como cuando al personaje se le ponía el ángel en un hombro y el demonio en el otro y le hablaban al mismo tiempo contradiciéndose entre ellos —Elisa bromeó sabiéndose demasiado nerviosa y buscando aligerar la tensión que se había creado.

—Ojalá fuera así —respondió Caliel volviendo en sí ante la broma de la joven—. Recuerdo que cuando eso sucedía era cuestión de darle con alguna sartén o algo y uno de los dos desaparecía... Mientras no me golpees a mí, todo estará bien —añadió.

Ambos sonrieron ante aquella broma intentando que la normalidad los envolviera de nuevo y Elisa se sentó de nuevo para acabar con su desayuno sintiéndose aún agobiada.



## CAPÍTULO 10

Conforme los días pasaban, Caliel comenzó a notar un gran cambio en la actitud de Elisa hacia él. Las pesadillas ya no habían vuelto y ella juraba que había superado el que él no hubiera acudido a ayudarla en su sueño, sin embargo..., algo había ahí. Aquella chica siempre tan afectiva, estaba comenzando a tomar distancias. Ya no tenía tanto contacto como antes, ya no bromeaba como siempre con él y el ángel estaba comenzando a preocuparse de verdad. Eso no era normal en ella.

Elisa estaba sentada frente al televisor como era su costumbre, viendo una película romántica como las que le gustaban y comiendo rosetas de un recipiente que tenía entre sus piernas.

—Apuesto que al final quedan juntos —murmuró el ángel observando el perfil de su amiga. Ella suspiró sin dirigirle la mirada y no respondió—. ¡Mírala! Es obvio que lo quiere, no sé por qué lo niega. No se engaña más que a ella misma —dijo indignado.

Cruzó ambos brazos sobre su pecho y Elisa se encogió de hombros.

—Tal vez piensa que no es bueno quererlo.

Caliel la miró frunciendo el ceño.

—Pero si en sus ojos se ve el cariño que le tiene. ¿Cómo no va a verlo?

—Tal vez solo la quiere como una amiga —musitó Elisa mirándolo de reojo—. Es cierto que la trata bien y todo, pero no le ha dado ningún indicio de que la quiere de modo romántico.

—Bueno, ¿y por qué no le pregunta? Así sería más fácil todo. La comunicación es la clave, ¿no crees?

Elisa se encogió de hombros una vez más y Caliel notó que comenzaba a jugar con el dije de su cadena. Estaba nerviosa, eso era obvio, pero no sabía por qué.

—Tal vez no tiene miedo de escuchar la respuesta. Tal vez tiene miedo de... arruinar su amistad.

—¿Y prefiere quedarse con la duda que arriesgarse? —Elisa asintió causando que él resoplara—. Los humanos son tan confusos.

Se hizo hacia un lado para echar su brazo sobre los hombros de su protegida, como tantas otras veces lo había hecho, y ella se levantó de un salto, volteándolo a ver con lo que parecía enojo ardiendo en sus ojos.

—¡Pues los ángeles también!

Y dicho esto se retiró a su habitación, dejando a su guardián completamente confundido y patidifuso por su reacción desmedida.

Caliel sabía que los humanos solían tener cambios bruscos de humor —en especial las mujeres— y le había tocado ver a Elisa varias veces sufriendo uno de estos cambios. A veces lloraba por cualquier mosca que pasaba, a veces se molestaba por cualquier nimiedad, pero aquello... Algo le decía que era diferente y él quería saber la razón de su desazón. No le gustaba que Elisa, a quien consideraba su amiga, pareciera estar disgustada con él.

Se preguntó si debía esperar a que se pasara su rabieta o si mejor iba a buscarla. No deseaba incordiarla más, por lo que al final decidió que lo mejor sería esperar a que sus humos se bajaran.

Elisa se arrojó sobre el colchón y amortiguó un grito de frustración en la almohada. Pataleó al tiempo que dejaba escapar todo aquello que la molestaba en aquel lamento y se molestó consigo misma por estar actuando así, como una niña enamorada y herida. No estaba enamorada de Caliel. No, señor, ella solo... estaba empezando a notar cosas en su guardián que antes no había apreciado. Como la

manera en que se le arrugaban las esquinitas de los ojos al sonreír o lo mucho que brillaban sus pupilas cuando se fijaban en ella. Y aquello... la molestaba. No tenía sentido, lo sabía, pero no podía evitar que el estómago se le comprimiera cuando su piel fría se presionaba contra la suya más cálida.

Era molesto, confuso, extraño y no le gustaba sentirse así. Sabía que era injusto para Caliel comenzar a tomar distancias sin darle explicaciones, pero no tenía el valor de verlo a los ojos y decirle que su presencia comenzaba a incomodarla. Le dolía. El que las cosas estuvieran cambiando entre ellos le dolía de una manera insoportable, puesto que ni Caliel ni ella habían deseado nunca acabar con esa amistad tan especial.

—Elisa... —Se tensó al escuchar su voz detrás de ella—. ¿Te encuentras bien? —preguntó el ángel afligido. La chica seguía con la cara enterrada en la almohada y no tenía ninguna intención de cambiar de posición—. Es que te noto... algo extraña. ¿Acaso hice algo para molestarte? —El corazón se le estrujó al escuchar aquello—. No era mi intención...

—No —susurró girando y encarando a su guardián. Estaba frente a ella observándola con atención y Elisa sintió cómo su corazón comenzaba a latir un poco más apresurado—. No, no es tu culpa Caliel. Son cosas mías.

—¿Cosas de humanos, cosas de mujeres o cosas de adolescentes? —cuestionó Caliel intrigado. Ella sonrió con tristeza al escuchar aquella típica muestra de curiosidad.

—Solo cosas de Elisa —respondió bajando la mirada.

Caliel se mordió el labio inferior al ver cabizbaja a la morena. Era un gesto que los humanos solían hacer cuando se encontraban nerviosos o indecisos y se le había pegado aquella costumbre de modo inconsciente. Quería decirle algo a Elisa para aliviar su palpable aflicción, pero ni siquiera sabía el motivo de su estado, por lo que no pudo más que caminar hasta ella y acariciarle una mejilla tratando de levantarle el ánimo. No había contado con aquel aleteo que inició dentro de su pecho cuando Elisa elevó el rostro y le brindó una pequeña sonrisa.

Le gustaba verla feliz. Amaba ver sonreír a Elisa, pero amaba más la certeza de saber que era él la razón de aquella sonrisa.

—¿Te digo algo y no se lo cuentas a nadie? —preguntó Caliel bajando la mano y colocándola a su costado. Elisaladeó el rostro e hizo un mohín.

—¿Es un secreto angelical o algo así?

Caliel rio.

—Sí, supongo.

—Dime.

—Tú eres mi humana favorita.

La sonrisa de Elisa se amplió.

—Lo sé, bobo. Soy la única con la que puedes hablar —se rio. Caliel sintió el impulso de acercarse a ella cuando escuchó aquel sonido tan lindo y no lo reprimió.

—Aún si no hubiera sido así, te habría preferido por ser como eres —explicó muy cerca de su rostro.

Elisa sintió que el aire le faltaba debido a su proximidad y tuvo que pasar saliva con algo de dificultad. Caliel no tenía ni idea del efecto que causaba en ella aquellas palabras y comprender eso la hizo bajar el rostro entristecida.

—Caliel, yo... —El agudo sonido de unas sirenas causó que Elisa se interrumpiera y cubriera sus oídos asustada—. ¿Qué está pasando? —cuestionó viendo a su guardián. Este tenía el ceño fruncido y observaba hacia la pared, como si supiera lo que estaba ocurriendo.

—Al parecer hay un... amotinamiento.

—¿Un qué? —preguntó ella. Las sirenas se silenciaron de repente y Elisa pudo oír con claridad a lo que se refería Caliel.

La casa de la chica estaba ubicada una manzana antes de la avenida principal. Podía oír con claridad la ida y venida de los vehículos que transitaban, podía enterarse de cuando había un choque, un accidente, un desfile... y en aquel momento podía escuchar los gritos de guerra, de terror, a las autoridades gritando por medio de megáfonos intentando mantener el orden. Elisa intentó asomarse por la ventana para ver si alcanzaba a ver algo —su curiosidad era muy fuerte—, sin embargo, Caliel se colocó frente a ella y sacudió la cabeza despacio. Aquel gesto junto con su semblante lleno de pesar le formó un nudo en la garganta a la chica; solo podía significar que la imagen fuera no era para nada agradable.

Elisa tomó asiento en el borde del colchón y vio a Caliel colocarse en cuclillas frente a ella. A pesar de la confusión que se agitaba en su cabeza mientras lo veía, a pesar de que su corazón parecía estar defectuoso —saltándose latidos y acelerando en ocasiones—, seguía sintiendo consuelo y seguridad con su balsámica presencia. Debía ser su aura angelical, seguro. No tenía nada que ver con aquel magnetismo que parecía llamarla a él, con la atracción casi tangible que crecía a cada minuto y que la aterraba por completo.

Elisa tuvo que desviar la mirada cuando Caliel le sonrió y ella sintió que el estómago se le contraía. No quería que viera en sus ojos la verdad, eso que estaba comenzando a comprender. No quería que se percatara de que su amistad estaba creciendo a pasos agigantados... y convirtiéndose en algo más.

—¿Estás bien? —quiso saber Caliel varios minutos de silencio después.

Elisa tenía la cabeza baja y podía ver que no se sentía cómoda. Sus hombros se hallaban tensos y sus dedos jugueteaban con su cadena, como era de esperar. Aquel hábito siempre podía indicarle a Caliel cómo se sentía Elisa y en aquel momento podía darse cuenta de que algo la agobiaba.

Quiso creer que era por la revuelta que estaba teniendo lugar cerca de su hogar, sin embargo, la actitud que había tenido antes le indicaba que había algo más. Y él, acostumbrado a hacer siempre sentir mejor a su protegida, se sentía algo frustrado por no saber qué era y no poder arreglarlo.

## CAPÍTULO 11

Elisa decidió encender la televisión para enterarse de lo que estaba sucediendo y de paso cortar esos sentimientos que fluían dentro de ella alterando todo su ser. Para su sorpresa todos los canales habían interrumpido sus programas cotidianos y estaban transmitiendo prácticamente lo mismo: la ciudad estaba fuera de control. Aparentemente y según lo que relataba el corresponsal, todo había iniciado en la fábrica donde trabajaba el padre de Elisa, pero al mismo tiempo, empezó a haber incidentes de diversas índoles en otros sitios de la ciudad.

A Elisa todo aquello le pareció sacado de alguna película de acción o algo similar, no era normal tanto caos y descontrol. El corresponsal decía que la policía no podía con todo y que los destrozos y heridos aumentaban a cada instante, mencionó que incluso había rumores de que ya se contaban algunos fallecidos, pero que ellos aún no tenían ninguna lista oficial de aquello. El corazón de Elisa dio un brinco ante esa noticia, ella no podía asimilar que aquello estuviera sucediendo en su tranquila ciudad, donde de chica solía salir a jugar en la plaza o a pasear en su bici con su mejor amiga Careli —la única que había tenido en toda su vida— que hacía dos años había tenido que viajar a Colombia por motivos laborales de su padre.

Elisa volteó a mirar a Caliel quien se encontraba concentrado observando la calle por la ventana. Intuía que él sabía más de lo que le decía y que ni siquiera necesitaba mirar las noticias para saber lo que estaba sucediendo. El sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose llamó su atención, Elisa caminó hacia la entrada y observó a su madre ingresar asustada.

—Pensé que no llegaría nunca, todas las avenidas están cerradas, tuve que venir caminando y la ciudad está completamente paralizada —comentó jadeante. Elisa la abrazó notando que su madre estaba realmente atemorizada. Le ayudó a sacarse el abrigo y luego la acompañó hasta el comedor para que tomara un vaso de agua e intentara calmarse.

—¿Papá está en la fábrica? —preguntó Elisa, a lo que su madre solo asintió.

Caliel siguió observando por la ventana intentando percibir la magnitud de los hechos, pero le bastó ver la expresión de Aniel al ingresar tras de Ana para entender que las cosas iban peor de lo que imaginaba. Cuando las mujeres se dispusieron a hablar en la calma del comedor, ellos se alejaron para conversar.

—Es el principio, todo sucederá muy rápido —añadió Aniel con tono melancólico.

—¿El principio? —preguntó Caliel, no queriendo confirmar sus sospechas.

—El principio del fin. Las ciudades perderán el control, la gente se sublevará, ya no habrá paz y ningún sitio será seguro... En algunos países serán guerras, en otros, enfermedades, en algunos sitios habrá catástrofes naturales. Todo se irá dando al mismo tiempo y en todo el mundo. —Caliel observaba atónito aquello que Aniel recitaba como si fuera una profecía—. Ya no queda mucho tiempo, Caliel...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque así es como las antiguas leyendas angelicales predecían que sucedería —susurró Aniel como si alguien pudiera oírlos.

Caliel sabía que entre los ángeles guardianes había leyendas que hablaban sobre el fin de los tiempos y especulaban sobre cuándo sucederían. También se decía que existían algunas profecías que pronosticaban que no todo estaba perdido. Sin embargo, él nunca le había dado importancia a esas cosas, los ángeles de las primeras jerarquías no creían en ellas y decían que era cosa de los guardianes que se dejaban llevar por los pensamientos humanos de tanto estar cerca de ellos.

—¡Jamás pensé que sería testigo de esto mientras aún estuviera en servicio! — exclamó Aniel sacándolo de sus pensamientos. Y en eso sí estuvo de acuerdo.

Todo lo referente al final de los tiempos era algo de lo que siempre se había hablado, de hecho, la misma Biblia lo hacía. Sin embargo, nadie sabía cuándo sucedería. Los humanos que creían que algo así podría pasar, solían pensar que eso era algo lejano y que probablemente no vivirían para verlo, y los ángeles guardianes creían que faltaba mucho tiempo y que probablemente para ese entonces ya estarían relevados de sus cargos y no estarían en servicio.

Caliel pensó en que, si aquello era cierto, él ni siquiera había tenido oportunidad de trabajar más que para un protegido y que su corta carrera pronto llegaría al fin. Después de todo nadie sabía qué sucedería después. Entonces observó a Elisa acariciando con cariño la mano de su madre e intentando calmarla y sintió que su alma se agitaba. Si eso era cierto y el fin estaba cerca, significaba aquello que más le atemorizaba: el fin de la vida de Elisa. Y aunque él sabía que ese día llegaría en algún momento, sintió que no estaba listo aún para separarse de ella.

—¿Morirán todos? —preguntó entonces, a lo que Aniel se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que no podemos intervenir si les llega la muerte.

—¿Cuánto tiempo queda? —inquirió el ángel apesadumbrado.

—No lo sé, solo sé que todo sucederá muy rápido..., aunque no sé si hablamos de tiempos humanos o de tiempos divinos.

Caliel asintió, los tiempos divinos eran mucho más lentos que los humanos.

Elisa y su madre se sobresaltaron al oír el timbre del celular de Ana. Entonces esta atendió la llamada.

—¿Jorge? —preguntó al ver que era el número de su marido.

—Ana... ¿Estás en casa? —inquirió el hombre con la voz agitada.

—Sí, ya llegué —afirmó Ana mirando a Elisa y articulando con los labios el nombre de su padre, para hacerle saber que era él quien llamaba.

—¿Elisa está allí? —cuestionó el hombre.

—Sí, estamos aquí las dos. ¿Tú? ¿Qué sucede en la fábrica?

—*Las cosas no están nada bien por aquí y no podemos salir... Digamos que hay una especie de... toma de rehenes* —suspiró el hombre antes de continuar, pero la mujer lo interrumpió.

—¿Cómo que toma de rehenes? Eso no tiene ningún sentido.

—*Nada tiene sentido, Ana. Aparentemente algunos sindicalistas enojados cerraron la fábrica y no nos dejarán salir hasta que los directivos les den lo que piden y reintegren en sus funciones a los que fueron despedidos.*

—¡Pero tú nada tienes que ver! —exclamó la mujer angustiada.

—*Lo sé, pero estamos aquí todos los que estábamos trabajando. Mira, Ana..., esto irá para rato, así que lo que quiero pedirte es que no salgan de la casa por ningún motivo. Yo llamaré más tarde, estén pendientes de las noticias, ¿sí?*

—Bien, Jorge... Por favor, cuídate, amor.

—*Tú también, y cuida a Elisa.*

—Escucha..., te amo —dijo la mujer, a lo que Elisa sonrió. Hacía mucho tiempo que no escuchaba a su madre decirle algo así a su padre y supuso que su progenitor había repetido la frase, pues una pequeña sonrisa se pintó en los labios de su madre.

Ana le explicó entonces a su hija lo que había dicho su padre y Elisa asustada miró de reojo a Caliel, quien conversaba con alguien a quien ella no podía ver, pero sabía que se trataba del ángel de su madre. En varias ocasiones Caliel le había comentado cómo era y le había dicho que de vez en cuando conversaban.

Se perdió entonces en sus pensamientos. Estaba preocupada por su padre y la situación en general, pero por un momento meditó acerca de cómo las dificultades de la vida acercaban a las personas y revivían los afectos. Aquello le pareció triste, no entendía por qué la gente esperaba a que todo estuviera mal para decir «te quiero» o «te amo» a sus seres queridos; por qué no lo hacían en día normal; por qué era necesario que hubiera un problema, una enfermedad, un accidente para que las personas se animaran a decir lo que sentían.

Sus padres peleaban con frecuencia, de hecho, no entendía por qué seguían juntos cuando ya no tenían casi ni un gesto de cariño el uno para el otro. Sin embargo, en ese momento y cuando las cosas estaban complicadas, se preocupaban por el bienestar del otro y se habían dicho que se amaban. ¿Por qué no podían decirse eso en las mañanas mientras desayunaban, antes de irse a trabajar o en cualquier otro momento?

Sin darse cuenta, Elisa se quedó sola en el comedor, su madre había ido a ver las noticias. Caliel se acercó a ella y colocó su mano en uno de sus hombros. Ella levantó la vista para mirarlo.

—¿Todo bien? —preguntó el ángel. Elisa negó con la cabeza.

—Nada está bien, papá no puede salir de la oficina y mamá está preocupada —informó, a lo que el ángel no contestó.

El celular de Elisa que estaba en la mesa empezó a vibrar y ella lo revisó. Un mensaje de su padre.

«Hola, princesa, ¿estás bien? Quiero que te quedes en casa y no salgas de allí hasta que las cosas se calmen un poco, ¿entiendes?».

«Sí, no te preocupes, nosotras estamos bien. Eres tú el que debe cuidarse».

«Yo estoy bien, me preocupa el no poder estar a su lado ahora. Cuídate y cuida a mamá, ¿sí?».

«Sí, pa... Vuelve en cuanto puedas. Te quiero».

«Yo también, chiquita. Nos vemos pronto».

Caliel la miró teclear una y otra vez y, cuando finalmente terminó, la observó esperando que ella le contara de quién se trataba.

—Es papá, dice que quiere que me quede aquí y que nos cuidemos —explicó.

—No saldrás de aquí —afirmó Caliel.

—No pensaba hacerlo de todas formas —refutó ella.

Lo que siguió de ese día se pasaron frente al televisor observando las noticias y los acontecimientos. Nada parecía mejorar y lo peor es que, como enfermedad, parecía extenderse a otras ciudades y países. Una reportera internacional hacía alusión a aquello y decía que parecían estar viviendo en una de esas películas que a principio de los dos mil, pronosticaba el final de los tiempos. En cada rincón del planeta estaba sucediendo algo y eso era demasiado extraño para todos.

La noche les cayó encima y cuando ya no dieron de cansancio quedaron dormidas en el sofá, con la televisión encendida. Ambas estaban expectantes a las noticias que provenían de la fábrica. Entonces, cuando Elisa durmió, Caliel sintió un *llamado*. Cerró los ojos intentando comunicarse con el arcángel de turno que le informó que desde ese momento y más que nunca, no debían interferir en los destinos marcados de sus protegidos. Escuetamente añadió que estaba cerca el final de muchos seres humanos.

Caliel volvió en sí y observó a Elisa durmiendo. Era tan hermosa a sus ojos que le dolía pensar en ella muriendo. El ángel entendía que la muerte era solo un paso de una vida a otra, de una dimensión a otra; y que cuando un alma terminaba su camino en la Tierra, debía volver al cielo... o en algunas situaciones recibiría su condena por la vida que había llevado, en dicho caso viajaría al infierno. Caliel

sabía que un día debería acompañar a Elisa a pasar de una vida a otra, decían que los ángeles eran capaces de sentir cuando la muerte de su protegido estaba cerca para poder estar muy cerca de ellos y darles paz en esos momentos. Pero Caliel no podía imaginarse a Elisa muriendo, no podía pensar en su sonrisa apagándose, en sus ojos cerrándose, en su cuerpo volviéndose tieso y marchito. Él sabía que el cuerpo era solo el contenedor del alma, sin embargo, y aunque conocía los colores del alma de Elisa, no podía imaginársela sin su cuerpo... y lo que más le aterraba... No podía imaginarse a él sin ella.

La mañana cayó sobre ellos y Ana despertó. Elisa seguía durmiendo mientras la mujer fue a prepararse un café para despabilarse. Sin embargo, Aniel fue tras ella y la hizo volver haciendo que tuviera un presentimiento. Aquello era una herramienta de los ángeles guardianes para llamar la atención o alertar de un posible peligro a su protegido. Caliel sabía que existía, pero nunca lo había precisado, pues Elisa no necesitaba de ello, ya que podían hablar.

Ana se apuró en terminar su café sintiendo que por algún motivo debía regresar a la sala y minutos después un reportero de pelo negro y traje oscuro anunciaba que un incendio se había iniciado en la fábrica y que el temor estaba tomando presa a todos, pues debido a la cantidad de material inflamable que allí había, podían empezar a darse explosiones incontrolables. Ana dejó caer la taza que traía en la mano y el sonido alertó a Elisa que despertó de golpe y asustada. Miró a su madre sin entender, pero no necesitó demasiado tiempo tras ver las imágenes de muerte y desolación en la pantalla. Bomberos intentando apagar el fuego, policías tratando de mantener infructuosamente el orden en el sitio... y su padre perdido en algún sitio en medio de ese caos.



## CAPÍTULO 12

Durante horas, Elisa estuvo sentada junto a su madre sin despegar la mirada del televisor. En el noticiero local estaban pasando los nombres de la gente que se encontraba dentro de la empresa al momento del incendio. Algunos salían como perdidos, otros como heridos derivados a los hospitales y, por último, la lista que más temían, de los fallecidos.

Ambas mujeres tenían las manos unidas y se las estrujaban con miedo, ansiedad y desesperación. Estaba acabando con sus nervios el no saber nada del hombre que ambas amaban, su padre y esposo. Cuanto más tiempo transcurría sin tener noticias de él, sin visualizar su nombre en alguna de las listas, más fuerte se arraigaba el pánico en sus corazones.

Al parecer, el fuego había sido intencionado. Algunas personas con maldad en su corazón habían premeditado todo aquello y habían esperado el momento indicado para actuar. Mientras la gente que continuaba trabajando ahí era reunida y las puertas de la empresa eran cerradas... ellos habían visto una oportunidad y la habían tomado. El incendio se había iniciado en una de las oficinas vacías del piso inferior y, debido al material y a la pintura con la que estaba fabricado y decorado el edificio, el fuego no había tardado en propagarse. Las imágenes que destellaban en la pantalla del televisor eran dolorosas y preocupantes. Hombres y mujeres malheridos siendo llevados en camillas, así como algunos cuerpos sin vida. Bomberos corriendo de aquí para allá, policías tratando de mantener la calma y el orden... y en el fondo, gente curiosa o preocupada. Elisa envidió por un momento a aquellos de pie en espera de noticias. Ella y su madre habían tratado de salir en varias ocasiones con rumbo a la empresa incendiada, pero las calles estaban cerradas, por lo que no podían ir en auto y el transporte público tenía días sin prestar servicios a causa del caos que últimamente azotaba a la ciudad. Ir caminando tampoco había sido una alternativa, ya que el lugar quedaba demasiado lejos y no deseaban exponerse a más peligro. Así que, al final, lo único que habían podido hacer era rezar y esperar. Caliel estaba junto a Elisa en un intento por infundirle algo de paz y consuelo. Le preocupaba el verla tan descompuesta, y aunque los ángeles eran criaturas empáticas, no podía imaginarse el desasosiego que debía estar pasando su protegida. La incertidumbre de no saber si su padre vivía todavía o si su alma había tomado un rumbo nuevo, si sufría o estaba bien, en paz.

Elisa podía sentir a su madre temblando a su lado, podía escuchar los sollozos que luchaba por reprimir. Podía palpar su angustia. Si algo sentía Elisa en aquel momento, además de miedo, era impotencia. Por no poder salir y buscar a su padre en los hospitales, por no poder regresar el tiempo y prevenir aquel incendio, por no poder cambiar de lugar con él, por no poder darle consuelo a su madre y hacerla sentir mejor.

Lo único que pudo hacer, fue ir a la cocina a preparar algo para comer mientras su mamá no despegaba la vista de la pantalla.

—Oh, Dios —escuchó que exclamaba su madre.

De inmediato dejó el plato sobre el cual iba a comenzar a hacer los emparedados y corrió a la sala, donde su madre estaba de pie con las manos cubriéndose la boca y los ojos llenos de lágrimas. Y fue ahí, cuando Elisa giró su rostro hacia el televisor, que entendió la reacción de su madre. El nombre de su padre salía al fin en la pantalla, después de horas esperando alguna noticia de él. Estaba ahí, frente a sus ojos, entre los nombres de varias personas más.

Se encontraba en la lista de fallecidos.

Al principio, Elisa no sabía cómo reaccionar. El nombre de su padre estaba ahí. Jorge Aldama. Inconfundible. Pero debía haber un error. Alguien había cometido una equivocación, porque no podía ser que su padre estuviera muerto. No. Él le había prometido que se verían pronto y él no podía romper su promesa, ¿cierto? Tal vez simplemente estaba teniendo otra pesadilla, porque simplemente... aquello no podía ser real.

¿Estaba alucinando? ¿Se encontraba dormida? ¿Era una broma, una equivocación?

Elisa trataba de encontrar alguna justificación, porque no podía aceptar que aquello fuera verdad. Porque eso significaría jamás volver a verlo ni abrazarlo. Nunca volver a sentir su bigote picándole la mejilla cuando la besaba, ni sus brazos fuertes rodeándola, consintiéndola.

Un golpe sordo hizo que la chica volviera de sus pensamientos. Giró el rostro apenas y se encontró a su madre de rodillas con las manos todavía cubriéndose el rostro. Ahora las lágrimas vagaban con libertad por su rostro y el dorso de sus manos. Podía ver su espalda temblando, sus hombros sacudiéndose, su cabeza negando una y otra vez..., pero no fue hasta que la escuchó soltar un alarido de dolor que cayó en la cuenta. Aquello sí estaba pasando. Aquello era real. Aquello no era su mente jugándole una mala pasada.

Y solo así, el corazón se le comprimió en el pecho causándole un dolor desgarrador.

—P-papá —dijo en apenas un susurro.

Y los sollozos comenzaron.

\*\*\*

El funeral fue al día siguiente, tanto el velorio como el entierro. Las autoridades habían logrado aplacar algo todo aquel desorden y se les había dado la oportunidad a las personas para que llevaran a cabo los funerales de sus seres queridos. Casi doscientas personas se habían encontrado en aquella edificación, poco más de setenta habían resultado heridas y el resto... no lo había logrado. Casi tres cuartas partes de los empleados habían perecido, entre ellos el padre de Elisa, quien encontraba consuelo en que no había muerto consumido por las llamas, sino sofocado por la gran inhalación de humo y gases tóxicos.

Era una pequeña porción de alivio lo que le brindaba aquella información, pero seguía sintiendo demasiado dolor y sabía que aquello no podría expirar de un día para otro. Tomaría tiempo el que dejara de lastimar tanto..., pero en aquel momento sentía que la angustia sería eterna.

Elisa se hallaba al lado de su madre mientras bajaban el féretro al hoyo en la tierra. Tenían las manos unidas y, mientras que la mujer mayor lloraba entre audibles gemidos y lamentos, las lágrimas de la chica fluían silenciosamente. No se soltaron en ningún momento durante la lúgubre ceremonia. Necesitaban aquel contacto para sentir que no estaban solas, que tenían a alguien más que las comprendía y en quien podían apoyarse. Elisa deseó que Caliel la abrazara y le dijera palabras tranquilizantes, pero hasta en ese triste momento sabía que no sería bien visto que abrazara la nada. El ataúd fue cubierto poco a poco con el montón de tierra que tenía a un lado y muy pronto dejó de ser visible la caja que contenía el cuerpo de su padre.

La gente presente se fue retirando, dando su pésame tanto a Elisa como a su madre. Ambas asentían cada vez que alguien se acercaba; Ana tratando de sonreír y Elisa intentando no echarse a llorar. Cuando al fin quedaron solas, Ana soltó la

mano de su hija y se rodeó el vientre con ambos brazos. Se quedó viendo la lápida y leyó el epitafio:

JORGE ALDAMA REYES.

2007 - 2048.

AMADO PADRE Y ESPOSO.

«LLENÉ DE AMOR MIS DÍAS EN LA TIERRA, AUNQUE A VECES NO SUPE  
COMPRENDERLO».

Elisa decidió darle un momento a solas cuando la escuchó sollozar una vez más. Ella había perdido a su padre, pero su mamá había perdido a quien había sido su esposo durante veinte años y, a pesar de que muchas veces los observó discutir y creyó que el amor entre ellos se había extinguido, en ese momento podía darse cuenta de que no era así. El amor todavía estaba ahí... y por eso el dolor de su madre era tan arrollador.

Comenzó a caminar entre los caminos que separaban las tumbas y sintió la presencia de Caliel detrás de ella antes de verlo. Era cálida, pacífica, calmante, y nunca estuvo más agradecida de poder ver y hablar con su ángel de la guarda.

—¿Cómo puede doler tanto? —preguntó en voz alta.

Los alrededores estaban vacíos, por lo que pudo hablar sin miedo a ser juzgada o etiquetada de loca. Giró sobre sus talones al sentir prudente la distancia que los separaba de su madre y se encontró con los ojos violetas y preocupados de su ángel.

—No lo sé —susurró él apenas.

—Siento como... si tuviera el pecho abierto en dos y me hubieran arrancado el corazón. Es doloroso... y vacío. ¿Cómo puede doler el vacío? —deseó saber. Caliel sacudió la cabeza encogiéndose de hombros. No tenía respuestas para aquellas cuestiones.

—Lo siento mucho, Elisa.

La chica soltó una débil —y para nada divertida— carcajada.

—Sí, eso dicen todos, pero no creo que todos sepan lo que es en verdad.

Caliel no pudo evitar sentirse algo culpable, ya que Elisa había hecho parecer su condolencia como frívola y vacía. Tenía razón en que él no sabía lo que era perder a un padre y nunca lo sabría, pero sentía mucho y le pesaba el ver a Elisa tan... apagada. Tan distinta.

—¿Por qué la gente es tan cruel? —inquirió la chica perdiendo la mirada en las lejanías del panteón—. ¿Acaso no midieron las consecuencias o solo no les importó si alguien moría o sufría? ¿Será siempre así, Caliel? ¿Habrà siempre humanos... tan inhumanos? ¿Habrà siempre personas capaces de actos tan atroces? ¿Se perderán los valores para siempre? Dime, Caliel. ¿Acaso hay esperanza para la humanidad? —cuestionó sintiendo sus ojos humedecerse.

Fijó aquella mirada húmeda y angustiada en su ángel y él por primera vez experimentó aquello conocido como pesar. Quiso responder todas y cada una de las preguntas que Elisa le había lanzado, deseó decirle que las cosas cambiarían y no serían tan malas por mucho tiempo más, pero la verdad era que ni siquiera él sabía las respuestas.

—¿Tan siquiera puedes decirme a dónde ha ido mi padre? —volvió a preguntar Elisa, esta vez con la voz temblorosa. Caliel asintió.

—Fue un buen hombre en su vida, Elisa. Él está en el cielo ahora.

—¿Y puede verme?

—Lo más probable es que sí.

—¿Y lo veré algún día de nuevo? —quiso saber.

Caliel asintió con esa calma que lo caracterizaba y estiró su mano para rozar sus dedos con los de la chica.

—Cuando llegue tu hora —musitó. Decir aquellas palabras le dejó un mal sabor de boca. Pensar en que Elisa algún día abandonara su cuerpo y su alma la Tierra... no le hacía sentir bien.

Elisa sonrió apenas, conforme con aquella esperanza que él le había dado, y volvió sobre sus pasos para encontrarse de nuevo con su madre. No quería preocuparla más.

\*\*\*

Una vez que ingresaron en su vivienda, Elisa vio a su madre alejarse por el pasillo con dirección a su habitación.

—¿Quieres comer algo? —preguntó en poco más que un susurro. No era necesario alzar la voz. La casa estaba silenciosa al igual que el exterior. Las calles estaban desiertas y la ciudad parecía abandonada. No se escuchaba el ruido de ningún auto, parecía que el pueblo entero estaba de luto por la pérdida tan grande que había sufrido.

Ana se detuvo a mitad del camino al escuchar la voz de su hija. Por un momento había olvidado su presencia. Volvió la cabeza por encima de su hombro y negó apenas tratando de sonreír.

—No, gracias. Voy a dormir un rato. Me siento cansada.

Elisa suspiró resignada y volvió sobre sus pasos para dirigirse a la cocina.

—¿Me acompañas? —cuestionó a Caliel.

El ángel asintió sonriendo y siguió sus pasos.

—A donde desees —respondió.

Tomaron asiento en la mesa del comedor mientras la chica engullía un sándwich con mucha calma. Tenía la vista perdida en la superficie de la mesa y no era consciente de la mirada de su guardián escaneándola. Caliel no se perdía detalle alguno de lo que ella hacía. Observaba cada parpadeo, cada mordida, cada vez que masticaba... y encontraba fascinante esas funciones tan básicas. No sabía si era a Elisa a quien encontraba fascinante o si era la atracción que siempre había sentido por los humanos y sus costumbres.

Tardó más tiempo del acostumbrado en terminar su emparedado, pero suponía que era normal debido al momento que estaba pasando. La pérdida de uno de sus seres más queridos hacía que sintiera un nudo en el estómago, quitándole las ganas de comer. Se puso de pie con dirección a la sala de estar, en donde encendió la televisión y colocó una película para distraerse un rato, sin embargo, a pesar de que sus ojos estaban fijos en la pantalla, su mente se hallaba muy lejos de ese lugar y Caliel lo notó. El sonido de los pasos de su madre acercándose por el pasillo fue lo que la trajo de vuelta a la realidad. La sintió sentarse a su lado en el sofá y ambas hicieron como que miraban aquella película de fantasía, en donde la realidad que ellas estaban viviendo nada tenía sentido; en aquel mundo todo parecía más sencillo.

—Yo amaba a tu padre —escuchó que decía su madre de repente. Aquellas palabras, al contrario de la trama que se desarrollaba en la pantalla, lograron capturar por completo su atención—. Sé que estos últimos años nuestro matrimonio no fue nada fácil. Discutíamos demasiado por las presiones que sentíamos, por la manera en que todo parecía salir mal, por el estrés que cargábamos desde nuestros trabajos..., pero yo lo seguía amando, Elisa. Y me

arrepiento de no habérselo dicho cada día —cogió una profunda respiración temblorosa y Elisa observó su perfil. Podía ver sus ojos humedeciéndose y su barbilla temblando mientras intentaba seguir hablando a través del nudo en su garganta.

»Me arrepiento de haber peleado con él por cosas tan banales. Nuestro amor era más importante que aquello, nuestro matrimonio, nuestra familia... y ahora él nunca sabrá todo esto. Lo he perdido para siempre y me siento incompleta. Me siento devastada, vacía, me siento...

No pudo continuar más. El dolor era tan grande que traía consecuencias físicas que le impedían el habla. Un temblor comenzó sacudiendo sus hombros y acabó por hacerla sollozar.

—No cometas el mismo error que yo —pidió a su hija—. Cuando encuentres al hombre de tu vida demuéstrale que lo amas. Díselo cada vez que tengas la oportunidad. El orgullo envenena las relaciones, hija. Nada es más importante que estar con la gente que amas y hacerla sentir querida. Nada es más importante que el amor —concluyó sin dejar de llorar.

Entonces se puso de pie y volvió a su habitación, como si decirle todo aquello a Elisa hubiera sido su única misión.

La chica no pudo hacer más que observar impotente cómo su madre se alejaba envuelta en su propio dolor. Quería ir, consolarla, decirle que estaba sola y comprendía..., pero ella había perdido a su padre, no al amor de su vida. No sabía qué se sentía el saber que no volvería a ver a la persona con quien deseaba pasar el resto de sus días. Ni siquiera sabía qué era lo que se sentía enamorarse...

El movimiento de Caliel a su lado llamó su atención. Se había acomodado en un lugar más cerca de ella y prácticamente sus hombros se rozaban ahora. Él la miraba como esperando. A que llorara, a que se derrumbara, así él podría ir en su ayuda y consolarla como siempre solía hacer.

—¿Por qué si tanto lo amaba le hizo creer que no era así? —pensó en voz alta.

—El trabajo de los demonios aquí en la Tierra es causar todo el mal posible. Romper los lazos sagrados como es el matrimonio entra dentro de sus actividades favoritas. Eso y corromper personas inocentes y puras de corazón. Llevarlas por el mal... —sacudió la cabeza y la chica se estremeció.

Mientras Elisa observaba los ojos violetas de su guardián, volvió a sentir un vuelco en el estómago, pero esta vez... por el terror. Pensar que los demonios estuvieron lo suficientemente cerca de sus padres como para empezar a arruinar y manchar su relación le ponía los pelos de punta. Y no habían sido solo días, isino años! Años en que los demonios fueron quitando cada base en la que sus padres forjaron su matrimonio para al final dejarlo débil e inestable.

—¿Crees que esto vaya a acabar? —cuestionó Elisa desviando la mirada.

El ángel hizo una mueca que ella no alcanzó a ver.

—Lo más probable es que sí.

«Mucho antes de lo esperado», pensó.